

---

**ETNICIDAD Y TERRITORIALIDAD**

---

**“POR HABER TODOS CONCEBIDO SER GENERAL  
LA LIBERTAD PARA LOS DE SU COLOR”  
CONSTRUYENDO EL PASADO DEL PALENQUE DE  
MATUDERE\***

**MARÍA CRISTINA NAVARRETE P.\***

*Recibido: Agosto de 2007*

*Aceptado: Noviembre de 2007*

**RESUMEN**

---

El artículo analiza la construcción histórica del palenque de Matudere, localizado en la sierra de Luruaco, provincia de Cartagena. El palenque tuvo una duración aproximada de veinte años, en las últimas décadas del siglo XVII. Su población era heterogénea, formada por esclavos fugitivos de diversas etnias africanas y de criollos, procedentes del área rural y urbana de la provincia de Cartagena. Luchó con fiereza por conseguir la libertad, al creer que una cédula real se la concedía a sus pobladores. Fue duramente perseguido y destruido por las fuerzas del orden, en 1693.

**PALABRAS CLAVE**

---

Palenque, cimarrones, esclavos fugitivos, resistencia, libertad, esclavitud, provincia de Cartagena.

**ABSTRACT**

---

This article revises the historical construction of the palenque of Matudere, located on the Luruaco mountains, in the Cartagena province. This Palenque lasted approximately twenty years during the last decades of the 17<sup>th</sup> Century. It had a heterogeneous population formed by fugitive slaves from various African ethnic groups and creoles from the Cartagena province, rural and urban areas. It fought fiercely to obtain freedom thinking that it was granted to its people by a royal order. Severely persecuted by the official forces, it was destroyed in 1693.

**KEY WORD**

---

Palenque, maroons, fugitive slaves, resistance, freedom, slavery, province of Cartagena.

---

<sup>8</sup> El presente artículo es uno de los resultados de una investigación más amplia sobre los palenques en el Caribe neogranadino, en los siglos XVI y XVII.

\* Master en Educación de City College en Nueva York (Estados Unidos) y Doctora en Historia de la Universidad

## Introducción

Se tiene conocimiento de la existencia de palenques en la provincia de Cartagena en el siglo XVII. Algunos de ellos han sido motivo de investigación: el palenque de la Matuna de Domingo Biohó, los de Limón y Polín en las sierras de María y el de San Miguel Arcángel que diera origen al poblado de San Basilio de Palenque. Este último ha sido estudiado por historiadores, antropólogos y lingüistas. Además de los anteriores, hubo otros en varias zonas de la provincia. Dos de éstos: Matudere, también llamado Tabacal, y Betancur constituyen el objeto de indagación del presente trabajo.

La idea de escribir sobre el palenque Matudere, específicamente, surgió del convencimiento de que cada palenque tenía características propias, diferentes a las de otros. Homogenizar y generalizar las formas de vida de los cimarrones tratando de encontrar un patrón de comportamiento, es una equivocación. Por lo demás, la historia de cada palenque está llena de complejidades y no es lineal, maneja relaciones y conflictos que le son propios. Este trabajo acoge la idea de Joao José Reis y Flavio dos Santos

Gomes cuando afirman que estudios recientes sobre los quilombos<sup>1</sup> de Brasil han señalado las dificultades al tratar de establecer un modelo único para este fenómeno. Sólo tenían de particular el ser grupos establecidos de esclavos fugitivos<sup>2</sup>.

Al respecto, Carlos Magno Guimaraes afirma que los quilombos, en un sentido eran semejantes y en otro, eran diferentes. Eran semejantes en la medida en que, constituidos por esclavos fugitivos en su mayor parte, todos configuraban una misma modalidad de rebeldía esclava. Eran diferentes puesto que cada quilombo tuvo su época de existencia, su región y sus mecanismos de supervivencia, constituyendo así una configuración histórica y cultural específica<sup>3</sup>.

Generalmente, un palenque es imaginado con algunas decenas o centenas de esclavos fugitivos, reunidos en un espacio de difícil acceso, con su propia organización política, ocupados en la defensa de su refugio, sobreviviendo de la producción de alimentos, la caza, la pesca, la recolección, pero también del asalto a los viajeros, del saqueo a los cultivos y animales ajenos, y en guerra permanente con los señores y las

---

Complutense de Madrid (España). Profesora Titular de la Universidad del Valle, Cali, Colombia. [manavarr@emcali.net.co](mailto:manavarr@emcali.net.co); Teléfono: 2 555 11 68, Avenida La María n° 4-102 (Barrio Pance)

<sup>1</sup> Quilombo o mocambo eran las expresiones en el Brasil portugués para referirse a los palenques. Quilombolas eran los cimarrones.

<sup>2</sup> REIS, Joao Jose y GOMES, Flavio dos Santos. 2002 "Quilombo: Brazilian Maroons during Slavery". *Cultural Survival Quarterly*. No. 25.4. Cambridge. M.A. p. 3.

<sup>3</sup> GUIMARAES, Carlos Magno. 1996. "Mineração, quilombos e Palmares. Minas Gerais no século XVIII". *Liberdade por um fio. Historia dos quilombos no Brasil*. San Pablo: Companhia das Letras. p. 142.

autoridades coloniales. Este sería un palenque clásico, un lugar donde construir una comunidad libre<sup>4</sup>. Sin embargo, los palenques tuvieron características propias que hicieron de cada uno, un palenque singular, con un devenir histórico sui generis.

Diferentes factores incidieron para que los palenques fueran diferentes entre sí. Las ideas culturales y los modelos que los cimarrones trajeron consigo a los palenques fueron diversos, asimismo, estuvieron presentes distintos valores y puntos de vista. Las filiaciones a los grupos étnicos y culturales africanos fueron variadas y la gama de adaptaciones a la esclavitud fue amplia. El cimarronaje no fue un fenómeno homogéneo desde el punto de vista del origen y de las formas de pensamiento de los esclavos fugitivos. El significado del cimarronaje fue distinto de acuerdo con las posiciones sociales, el lugar de nacimiento, el tiempo de permanencia en el Nuevo Mundo, las tareas y actividades desempeñadas durante la vida en esclavitud y el trato recibido de sus amos. También, hubo otras consideraciones como la proporción entre blancos y negros en la región, la relación numérica entre esclavos y libertos y las oportunidades de manumisión<sup>5</sup>. De igual forma, es preciso tener presente la diferencia

entre africanos, nacidos en ese continente y los criollos, nacidos en el Nuevo Mundo. Esto trajo consecuencias en la forma de convivencia entre estos dos grupos. Además, el período de existencia de un palenque hizo que los recién establecidos, de corta duración tuvieran un comportamiento diferente a los de cierta estabilidad y larga permanencia.

La huida al monte, a un lugar agreste, de difícil acceso, donde los cimarrones buscaban refugio, tenía explicación en la necesidad de los esclavos de vivir en libertad y disfrutarla, alejados del alcance de las autoridades coloniales<sup>6</sup>.

Las autoridades llamaron a estos fugitivos cimarrones. José Arrom cita al Diccionario de la Real Academia Española para discernir el significado del término cimarrón. Este, dice que es un término americano aplicado al esclavo o animal doméstico que huye al campo y se hace montaraz. Igualmente, acude al *Diccionario Manual de Americanismos* que propone que el término significa alzado, montaraz, atribuido a los indios, los negros y los animales huidos a los montes y cerros. Apareció en América en época temprana y se deriva probablemente de la cima de los montes, hacia donde huían los cimarrones.

---

<sup>4</sup> REIS, Joao José. 1996. "Esclavos e coiteiros no quilombo do Oitizeiro. Bahia, 1860". *Liberdade por um fio. História dos quilombos no Brasil*. San Pablo: Companhia das Letras. p. 347.

<sup>5</sup> PRICE, Richard. 1981. *Sociedades cimarronas*. México: Siglo XXI Editores. p. 33.

<sup>6</sup> DEIVE, Carlos Esteban. 1997. *Los guerrilleros negros*. Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana. p. 13.

Este autor considera que la expresión fue usada tempranamente en documentos de las islas de Cuba y la Española, antes de terminar el primer tercio del siglo XVI. Por esta época su utilización se había generalizado en la correspondencia entre las autoridades isleñas y los funcionarios de la metrópoli<sup>7</sup>.

Rescatar la importancia de los palenques y de sus pobladores, los cimarrones, como una expresión de resistencia al esclavismo, permite comprender su participación como sujetos históricos capaces de enfrentar a las autoridades coloniales, poner en jaque sus instituciones y constituirse en una de las contradicciones de la sociedad esclavista.

### La construcción de un palenque

El 20 de marzo de 1693, cincuenta cimarrones iban robando a todos los que topaban en el camino real. Ese mismo día entraron a la estancia del alférez Manuel Díaz, hurtaron todo cuanto tenía, se llevaron sus esclavos y a él lo azotaron. Le dijeron que tenían noticias de que un padre había llegado de España trayendo una cédula real para que fuesen libres, pero él y los

regidores no querían concederla. Agregaron, que se encontraban esperando el aviso de la cédula, que de no llegar vendrían sobre Cartagena “porque todos los negros que había dentro de ella los tenían de su mano... que saldrían al camino y quitarían el bastimento...”<sup>8</sup>.

Los cimarrones que así se comportaban procedían del palenque de Matudere, por otro nombre Tabacal, ubicado en la sierra de Luruaco. A éste se unió otro palenque llamado Betancur, con miras a la defensa de su gente.

El palenque de Matudere quedaba a unas nueve<sup>9</sup> leguas de Cartagena. Fue fundado, a mediados de la década de 1670, por Domingo Padilla<sup>10</sup>, esclavo de don Fernando Padilla; huyó en compañía de su mujer, sus hijos y otros dos negros. Primero se quedaron en unas rozas viejas junto a la estancia de Santa Cruz, donde permanecieron seis meses. Después se trasladaron a tierras de doña Clemencia, en las que construyeron dos bohíos. Parece que allí no se encontraban muy cómodos, por eso, se pasaron al sitio de Matudere. A este primigenio establecimiento fueron llegando diferentes mujeres y hombres negros. Entre los primeros pobladores se

<sup>7</sup> ARROM, José “Cimarrón: apuntes sobre sus primeras documentaciones y su probable origen”. 1983. *Revista Española de Antropología Americana*. Vol. XIII. Madrid: Universidad Complutense. pp. 47-48 y 52.

<sup>8</sup> Archivo General de Indias (en adelante AGI). *Santa Fe*, 213. Memorial de los autos obrados por el gobernador de Cartagena don Martín de Cevallos y la Cerda.

<sup>9</sup> El gobernador don Sancho Jimeno decía en carta a su majestad que el palenque estaba localizado a doce leguas de Cartagena. AGI. *Santa Fe* 212. Una legua son más o menos 5.500 metros, es decir el palenque estaba a unos 49-50 kilómetros.

<sup>10</sup> Algunos documentos llaman a Domingo Padilla, Domingo Angola.

encontraban Ventura Angola y Paulo Congo<sup>11</sup>. Juana Padilla, mujer de Domingo, lo certifica cuando afirma que ella huyó con su marido y sus hijos; estuvieron en diferentes partes hasta que se fue fundando el palenque<sup>12</sup>.

Juan, de casta arará, esclavo de don Pedro Montalvo explicó que él había huido cuando la última armada de galeones llegó de Portobelo; estuvo un año en las rozas viejas de Vanquezel en las que trabajaba con Francisco, un esclavo de don Fernando Padilla, que también se encontraba fugitivo. Después, ambos se vinieron a una roza vieja del Tabacal, allí encontraron a un negro llamado Ventura quien los guió hasta el palenque donde estaba el capitán Domingo Angola o Padilla.

La jefatura y gobierno civil de Matudere o Tabacal estaba en manos de Domingo Padilla. No manejaba asuntos de guerra, como él mismo lo decía “no se embarazaba en nada de salidas”, entendiendo por éstas, las incursiones a estancias o pueblos de indios. Francisco Arará, esclavo de don Pedro de Anaya se encargaba de la dirección militar; se le reconocía como el capitán de guerra. Pacho Congo, esclavo de Castelbondo, hacía las veces de alcalde y aunque no había

alférez, quien portaba una banderilla en las campañas, como si lo fuera, era un criollo negro llamado Miguel, esclavo de un señor Pantoja. A Juana, mujer de Domingo Padilla la nombraban virreina, por ser fundadora del palenque.

El palenque era un poblado donde se cultivaba maíz, arroz, fríjol, un tipo de patatas, plátano, yuca y otros frutos que se gastaban en el sustento del palenque. Se fabricaban algunas cosas, como bateas, que se vendían a los indios. También criaban cerdos que sacrificaban para comer. Los cimarrones se ocupaban en cultivar una roza grande y cada uno ponía una señal en el terreno que le correspondía. Según palabras de Domingo Padilla, su capitán, “cada negro hacía su siembra para sí”<sup>13</sup>. En las cercanías de Matudere, junto al sitio de la Escopeta, había otro palenque más pequeño llamando Betancur, del que era capitán Ventura Angola. Lo desbarataron para unirlo con el primero y defenderse en caso de ataque de los blancos. “Por decir que habían de tener guerra”, según expresó María Antonia Mina<sup>14</sup>.

La localización de Betancur y Matudere era altamente vulnerable. Aunque estaban ubicados en una zona boscosa y algo accidentada, como era la sierra

<sup>11</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración de Domingo Padilla, capitán de Matudere, ante el gobernador don Martín de Cevallos y la Cerda.

<sup>12</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración de Juana Padilla, mujer de Domingo Angola, ante el gobernador don Martín de Cevallos y la Cerda.

<sup>13</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración de Domingo Padilla ante el gobernador de Cartagena don Martín de Cevallos y la Cerda..

<sup>14</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración de María Antonia, de casta mina, ante el gobernador de Cartagena don Martín de Cevallos y la Cerda.

de Luruaco, el estar circundados de hatos y estancias agrícolas los hacía sensibles a los vaivenes de su relación con los propietarios y mayordomos. De igual manera, tenían en sus vecindades poblaciones como Bijagual y pueblos de indios como Piojón. Su situación con éstos también era ambivalente. Unas veces comerciaban con ellos, otras, las fuerzas del orden aprovechaban los indios para perseguirlos.

Los hombres del palenque de Matudere se dedicaban fundamentalmente a la agricultura y a la cría de animales. Unos salían a “montear” buscando frutos y otros a cazar. Los adultos habilitados para luchar, vivían en pié de guerra. De acuerdo con José de los Arcos, todos los cimarrones iban a las incursiones dirigidos por Francisco Arará, también llamado de Anaya, capitán de guerra, con excepción de los que se encontraban enfermos o baldados<sup>15</sup>. Esto quiere decir que los cimarrones de Matudere eran soldados y se entrenaban para la guerra.

Las mujeres se dedicaban a pilar maíz y arroz y a sus labores domésticas. Una

de ellas, María Antonia Mina, dijo estar cosiendo una camisita cuando oyó un clarín que llamaba a las armas, los cimarrones se aprestaron a salir al camino grande entendiendo que se avecinaba la guerra<sup>16</sup>. La participación de las mujeres en las decisiones del palenque era muy limitada. Cuando el gobernador de Cartagena, don Martín de Cevallos y la Cerda, interrogó algunas mujeres del palenque, muchas respondieron que por ser mujeres no se metían en nada, por esa razón no lo sabían<sup>17</sup>. La virreina tenía cierta categoría, por ser compañera del capitán y fundadora del palenque, pero no poseía responsabilidades directivas. También ella argumentó que “como es mujer, no se metía en nada”<sup>18</sup>.

Para defensa del palenque, los cimarrones habían puesto “por un camino abierto... unos hoyos cubiertos con latas y junto unas puyas, y una cabuya, puesta de estante a estante, envenenadas”<sup>19</sup> para que nadie entrara, sólo el que ellos quisieran. “El brujo o zaurín tenía puestas a trechos unas cabuyas, de palo a palo, para que se

---

<sup>15</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración de José de los Arcos, ante el gobernador de Cartagena don Martín de Cevallos y la Cerda. Este cimarrón declaró que Francisco Congo no fue a la incursión de Artajona, tampoco, Manuel porque estaba cojo, otro Manuel por estar bubosa y otro cimarrón porque tenía un balazo.

<sup>16</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración de María Antonia Mina ante el gobernador de Cartagena don Martín de Cevallos y la Cerda.

<sup>17</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración de Susana, de casta conga, ante el gobernador de Cartagena don Martín de Cevallos y la Cerda.

<sup>18</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración de Juana Padilla, mujer de Domingo Padilla, ante el gobernador don Martín de Cevallos y la Cerda.

<sup>19</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración de Juan de casta arará ante el gobernador de Cartagena don Martín de Cevallos y la Cerda. Un canuto era la parte media entre nudo y nudo de la caña, como es hueca, servía como recipiente.

enredasen los que entrasen, y ... todos los días enviaba el zaurín a untar dichas cabuyas con un canuto”<sup>20</sup>. También, tenían unas contras en unos canutos de caña brava.

Los cimarrones de Matudere mantenían relaciones con personas de la ciudad de Cartagena. Libertos o esclavos los refugiaban cuando bajaban a la ciudad. Venían a este puerto a comprar los bastimentos y objetos que necesitaban. El capitán lo hacía de vez en cuando. Dijo haberlo hecho unas tres veces; la última, en 1692, después de que en Cartagena aprehendieron a un hijo suyo. En esa ocasión durmió en un solar grande; como la gente creía que era del monte y no un esclavo fugitivo, se lo permitieron. Cuando venía a Cartagena lo hacía para comprar ollas, tabaco, jabón; regresaba cuando lo había conseguido todo. También arribaba hasta la huerta del padre Marcos Giraldo, en Canapote, desde donde José Carabalí le compraba lo que había menester. Otros cimarrones llegaban hasta el pie de la Popa a hablar con sus parientes que les favorecían con lo que necesitaban o se quedaban en la huerta del padre Marcos unos ocho días hasta que José Carabalí terminara de hacerles las compras.

Francisco de Anaya, de casta arará, el capitán de guerra del palenque, en algunas ocasiones, venía hasta

Cartagena. Salía en dirección a la estancia de Santa Catalina y entraba por la puerta de la Media Luna; dormía en casa de Francisco Arará, esclavo que pertenecía a las monjas de santa Clara. Este le compraba tabaco, le suministraba machetes y otras cosas que le hacían falta. Otras veces iba al tejear del capitán Anaya a verse con el mismo Francisco en compañía de un esclavo de don Agustín Abello.

Además de frecuentar la ciudad, los cimarrones tenían “comunicación y comercio” con los esclavos de las estancias que rodeaban el palenque, que “les daban lo que había menester”. Allí tenían amigos y parientes. Entre éstas estaban las de don Francisco de Quero, don José de Mesa, don Andrés Pérez, don Diego Durango, don Pedro de Anaya, los señores Castelbondo y Ojeda. También con las estancias de Caracolí, Coco, Tabacal y otras más. La gente de Matudere solía ir a la estancia de Santa Catalina por sal, pasando por el hatillo. En las estancias vendían sus productos y conseguían noticias valiosas para su seguridad y la de sus palenques.

Según María Antonia Mina, los cimarrones de Matudere “en todas las estancias tenían comunicación” con su gente. Cuando querían algo, llevaban la plata y les compraban lo que habían encargado<sup>21</sup>. Esta situación debió ser difícil de manejar, puesto que el

<sup>20</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración del mulato Nicolás ante el gobernador de Cartagena don Martín de Cevallos y la Cerda.

<sup>21</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración de María Antonia, de casta mina, ante el gobernador de Cartagena don Martín de Cevallos y la Cerda.

palenque estaba circundado de estancias. Esta era un arma de doble filo para los cimarrones, puesto que si bien en las estancias les favorecían con trabajo y les conseguían los objetos necesarios, también podrían atacarlos, cuando las circunstancias les eran desfavorables.

De igual forma, para los propietarios de las estancias era una posición peligrosa. Aunque podían beneficiarse de la mano de obra de los cimarrones, debían tratar de sostener con ellos las mejores relaciones para impedir que sus esclavos escapasen al palenque y evitar las agresiones de su parte. Es probable que se mantuvieran en constante tensión.

En la estancia de don José de Mesa, los cimarrones tenían especial trato con el capitán Diego Mandinga y en la de don Diego Durango con todos los esclavos. Asimismo, en la estancia de don Pedro de Anaya con un esclavo negro arará llamado Macuruma, en la de don Domingo de la Barrera con Antonio, negro al que llamaban General y en la estancia de doña María Gutiérrez con un tuerto negro llamado Antonio Vecino. A todos éstos les entregaban sus productos para vender, excepto el maíz, porque éste no salía del palenque. Lo afirmó Nicolás, mulato criollo de la Tierra Adentro, esclavo de doña Francisca Bautista, quien vivió dos años en Matudere. Lo sabía porque “vivía en la casa del

capitán Ventura Angola y oía sus conversaciones”<sup>22</sup>. Como siempre permanecía en el bohío por estar enfermo, se lo decían u oía cuando lo comentaban.

Los cimarrones de Matudere, además, sostenían relaciones con otras personas de las estancias, el mayordomo, por ejemplo, y otros que trabajaban allí. En la estancia de don Andrés Pérez mantenían estrecho contacto con Matías Gómez, hombre blanco, mayordomo de la estancia. En una ocasión, Francisco de Anaya, el capitán de guerra, le entregó un dinero para que le comprara pólvora. También se la conseguía un mulato que asistía en esa estancia. La gente del palenque tenía comunicación con Juan de Sanabria, un vaquero o capataz del hatu de doña María Baca, que quedaba junto a la estancia de Santa Catalina. El les proporcionaba carne salada, tabaco y queso; recientemente, les había entregado una res salada para que la llevaran al palenque.

No todo lo que necesitaban las comunidades cimarrones pudieron conseguirlo por ellas mismas, especialmente cuando se trataba de palenques recién establecidos. Por ello, sostuvieron una serie de contactos con la sociedad colonial. En casos, estas relaciones eran pacíficas y se manifestaron en intercambios de bienes y servicios. En otras situaciones fueron violentas y se expresaron en

---

<sup>22</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración del mulato Nicolás ante el gobernador de Cartagena don Martín de Cevallos y la Cerda.

asaltos y ataques a las unidades productivas aledañas y a los viandantes que transitaban por los caminos y trochas.

Algunos dueños de estancias se sirvieron de los cimarrones para aprovechar su fuerza de trabajo; otros para conseguir ciertos productos a cambio de lo cual les ofrecían lo que necesitaban. Varias cosas eran cambiadas por ropa, pólvora, municiones y herramientas.

Gracias a la comunicación con la gente de las estancias, los cimarrones se enteraban de lo que pasaba en Cartagena. De igual forma, conseguían pólvora y municiones en esta ciudad. Precisaban estos elementos, especialmente, cuando sentían peligrar la estabilidad del palenque, por el temor de algún ataque de las milicias del gobierno. El mulato Nicolás declaró ante el gobernador que, en una oportunidad,

los dichos negros del palenque hicieron cabildo y éste declarante por ver lo que era aquello, fue con sus dos muletas por estar baldado, y en su lengua estuvieron hablando, y habiendo pasado algún rato, el negro brujo o zaurín le contó seis pesos al capitán a guerra diciéndole hiciese comprar pólvora para reñir con el español.

Enviaron este dinero a Matías Gómez, para que se las comprara. Gómez mandó un zambito para que lo hiciera, pero regresó sin ella, por eso fue personalmente a comprarla. Después, dos cimarrones fueron a recogerla, de paso se enteraron que el capitán Artajona había salido de Cartagena para atacarlos. Cuando regresaron al palenque dieron la noticia y se prepararon para la defensa.

Los esclavos de las estancias no entraban al palenque, porque no lo consentían, más bien los cimarrones iban a las estancias. Excepcionalmente, a algunos les estaba permitido. Por ejemplo, José Carabalí, un esclavo del padre Marcos Giraldo frecuentaba el palenque a menudo. Una vez permaneció dos semanas. Era camarada de los cimarrones y compadre de Domingo Padilla. Siempre lo acompañaba Antonio, un hombre negro ya mayor, esclavo del padre Giraldo. Al palenque de Betancur fue muchas veces Antonio General, esclavo de don Domingo de la Barrera y traía noticias de todo lo que pasaba.

Es probable que el palenque estuviera dispuesto a recibir nuevos cimarrones, pero con la condición de que permanecieran en el palenque definitivamente. No permitían las visitas y la entrada temporal de agentes externos, por cuestiones de seguridad. Sentían temor de que pudieran comunicar a las autoridades, los

caminos y las formas de acceso al palenque.

Flavio dos Santos Gomes dice que en los quilombos de la Amazonia brasileña, los residentes temporales - aquellos que vivían en el mocambo por un tiempo y luego regresaban junto a sus amos- eran mirados con desconfianza. Podían ser sus aliados y establecer contacto con los quilombolas permanentes, pero a veces los traicionaban y servían como guías a la milicias que atacaban los mocambos<sup>23</sup>.

La experiencia del palenque de Matudere no corresponde al modelo tradicional argumentado por algunos de total aislamiento de la sociedad esclavista. Sus miembros incursionaban en las haciendas vecinas, secuestraban esclavos, especialmente mujeres, y robaban productos. Al mismo tiempo, comerciaban con los pueblos de indios y las haciendas como una forma de integración a la sociedad colonial.

Todos estos contactos, pacíficos y violentos, demuestran y desbaratan la hipótesis tradicional de que los palenques eran comunidades aisladas, autosuficientes, sin ninguna relación con la sociedad colonial. Por el contrario, es posible afirmar que sobrevivieron por mucho tiempo por estas conexiones toleradas pero

tirantes. El desequilibrio se interrumpió cuando los vecinos de villas y ciudades consideraron que los desmanes de los cimarrones eran intolerables y los miembros de los cabildos municipales creyeron sentirse fuertes para combatirlos.

Aprovecharon la presencia de gobernadores influenciados para emprender campañas de exterminio. No es posible probar qué tan frecuentes eran las conexiones entre los palenques de las sierras de María y los de Matudere y Betancur. Se sabe que conocían su existencia y en uno y otro había parientes. Los esclavos fugitivos de la provincia huían al que toparan primero o a donde fueran conducidos por otros cimarrones. En mayo de 1693, Francisco Antonio, esclavo de Gaspar González, dijo haber huido hacía siete meses al palenque de Tabacal (Matudere), hasta cuando llegaron cinco cimarrones de los palenques de María a recoger a sus parientes. El se fue con ellos, con otros dos hombres y cuatro mujeres y se metieron en las sierras donde habitaba Domingo Criollo, capitán de los criollos y Pedro Mina, capitán de los minas<sup>24</sup>.

Sí parece que los cimarrones de Matudere hubieran reconocido que los palenques de las sierras de María estaban mejor situados y más

<sup>23</sup> GOMES, Flavio dos Santos. 2002. "A 'Safe Haven': Runaway Slaves, Mocambos, and Borders in Colonial Amazonia, Brasil." *Hispanic American Historical Review* Vol. 82. No. 3. Durham, N:C: Duke University Press. p. 489.

<sup>24</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración de Francisco Antonio, esclavo negro, ante el gobernador de Cartagena don Martín de Cevallos y la Cerda.

resguardados geográficamente. Como decía Domingo Padilla, capitán del palenque de Matudere, en caso de que entrasen los soldados al palenque, su intención era “retirarse al palenque de María” y si venciesen la guerra, temerosos de que volvieran a perseguirlos, intentarían convencer a los esclavos de las estancias para que se fueran con ellos a los montes de María<sup>25</sup>.

### Algunas expresiones culturales

Según algunos indicios que dan los documentos, los cimarrones de la sierra de Luruaco de origen africano se comunicaban con sus coterráneos, de una misma casta o afines, en su propia lengua. Es muy probable que en estos palenques circularan las lenguas africanas entre conocidos. Juana Padilla, la virreina, mujer del capitán del palenque, debió ser de casta arará, o de una próxima, puesto que uno de sus hijos, Vicente, oyó decir a su madre, que entendía la lengua arará, que los cimarrones planeaban una incursión contra el dueño de una estancia<sup>26</sup>.

Otro testimonio que verifica el uso de lenguas africanas es del mulato Nicolás, un cimarrón que escuchó que algunos hablaban en su lengua, cuando

la gente del palenque de Matudere se encontraban en cabildo<sup>27</sup>.

En los palenques de Betancur y Matudere, a diferencia del de San Miguel Arcángel, en las sierras de María, no existía un lugar dispuesto como iglesia católica. Según la documentación disponible, las ideas religiosas cristianas no aparecen explícitas. Pese a ello, algunos cimarrones se identificaban como cristianos<sup>28</sup>. Como en Matudere había una gran cantidad de congos y angolas, es preciso recordar, que el catolicismo estaba bien asentado en esas regiones africanas, gracias a la presencia temprana de misioneros portugueses. En este sentido, el catolicismo debió haber llegado con ellos desde su territorio de origen. Sin embargo, son tangibles y presentes nociones, de un mundo mágico-religioso. En Matudere existía un zahorí que practicaba la adivinación y ejecutaba actos de hechicería. Para hacer un análisis de estos hechos es preciso tener en cuenta que:

Estudiar la adivinación y la hechicería como prácticas culturales significa adentrarse en el pensamiento mágico del hombre, el cual es imposible escindir de su pensamiento religioso, ma-

<sup>25</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración de Domingo Padilla, capitán del palenque.

<sup>26</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración de Vicente, hijo de Domingo Padilla, ante el gobernador don Martín de Cevallos y la Cerda.

<sup>27</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración del mulato Nicolás ante el gobernador don Martín de Cevallos y la Cerda.

gia y religión han estado unidas de tal forma que sus campos se interfieren<sup>29</sup>.

Antonio Bomba, por otro nombre, Antonio Congo era un esclavo del capitán Juan Peña; a Congo, todos en el palenque tenían por santo o zahorí. El fue quien aconsejó que los dos palenques se juntaran por si venían los blancos a atacarlos. Cuando se presentara esta situación, él tenía un paño con pólvora que al prenderle fuego, los españoles huirían. A Antonio Bomba, todos en el palenque le obedecían y respetaban. Cuando alguno quería salir del poblado para una diligencia era a sus instancias. Marcelo Morales, uno de los cimarrones decía que a Antonio Bomba lo tenían por santo, “por eso todos le obedecían sus embustes”<sup>30</sup>.

En uno de sus acercamientos a Cartagena, los cimarrones se trajeron al palenque a una esclava negra vieja que encontraron en un tejtar. Los cimarrones le dieron muerte porque el zahorí les dijo que era bruja. Paulo Congo, un esclavo de don Fernando Padilla, era el ayudante del zahorí, recogía cañas bravas y diferentes hojas en el monte para entregárselas.

El zahorí intervenía en las decisiones

de guerra y su palabra era tenida en cuenta. Además, preparaba las trampas para evitar que los intrusos entraran al palenque. Cuando Antonio Bomba se enteró que el capitán Artajona preparaba salida desde Cartagena para dar batalla, les dio aviso, por ello salieron en su búsqueda. También, les previno cuando el capitán Juan Gabriel se aprestaba a hacerles la guerra. Le advirtió a la gente del palenque que lo mejor era que atacaran Timiriguaco, dieran muerte a los indios y se trajeran las indias. Como algunos rechazaron la propuesta porque el capitán se quedaba con lo mejor de las prendas del botín y otras se las daba a la virreina, Antonio se enojó mucho. Viéndole así, los cimarrones reunieron la gente y al toque de un tambor, se aprestaron a salir por la mañana.

Francisco de Anaya, el capitán de guerra del palenque dijo que el zahorí se ponía muchas sortijas, gargantillas de oro y otras prendas, como si fuera mujer. Se apoderaba de las alhajas de plata labrada y otras que cogían en los saqueos y las guardaba en su bohío<sup>31</sup>. Es preciso reconocer que la idea de brujo y zahorí que se le asignaba a Antonio Bomba podría proceder de la perspectiva hispano-cristiana. Si bien los actos que practicaba eran rituales

<sup>28</sup> Cuando los cimarrones de Matudere asaltaron la estancia del alférez Manuel Díaz intentaron llevarse el cáliz y los ornamentos. Cuando el alférez les preguntó si no eran cristianos, contestaron que sí y desistieron de llevarse los ornamentos.

<sup>29</sup> NAVARRETE, María Cristina. 1995. *Prácticas religiosas de los negros en la colonia Cartagena siglo XVII*. Cali: Editorial Facultad de Humanidades. Universidad del Valle. p. 49.

<sup>30</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración de Marcelo Morales ante el gobernador don Martín de Cevallos y la Cerda.

<sup>31</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración de Francisco de Anaya, capitán de guerra, ante el gobernador don Martín de Cevallos y la Cerda.

de tipo mágico, serían la prueba de un liderazgo no profano, más parecido al de un conductor religioso. Hay en ello una cierta semejanza con el sacerdote Obeah, de los cimarrones akan de Jamaica, en el siglo XVIII. Monica Schuler dice que éste, aunque practicaba la magia, era más un sacerdote que un hechicero. Cualquiera que fuera su papel, tenía una posición de influencia y control sobre los esclavos, aún entre aquellos que no pertenecían a su grupo étnico; todos temían sus poderes<sup>32</sup>. Lo propio sucedía con Antonio Bomba.

Los rituales que ejecutaba Antonio Bomba para proteger a los cimarrones de los ataques de las milicias gubernamentales y las estrategias de defensa para impedir la entrada de los enemigos al palenque se asemejan al caso de los saramakas, del territorio guyanés. Las evidencias de estos cimarrones revelan una vida ceremonial compleja con un arsenal de ritos utilizados para protegerse de las balas y bayonetas durante la guerra, hacer que el enemigo tomara una dirección equivocada y volver a los guerreros invisibles<sup>33</sup>.

También en Matudere se respetaba a José Carabalí, esclavo del padre Marcos Giraldo quien trabajaba en una huerta y frecuentaba el palenque “por

decir era zaurín grande y todos le besaban la mano, y se volvía a su guerta”<sup>34</sup>. Visitaba el palenque a menudo y permanecía temporadas; en una ocasión, estuvo dos semanas. A su vez, los cimarrones acudían a su huerta y se quedaban allí hasta que él les comprara las cosas que necesitaban para volver al palenque.

El mismo José Carabalí declaró ante el gobernador que él entraba y salía del palenque, desde su fundación y llevaba en su compañía a Antonio Biáfara. Lo hacía por miedo de los cimarrones y porque lo tenían por zahorí, pero él los engañaba diciéndoles que “les cerraba el cuerpo”. Le venían a llevar desde su huerta y le cortaban leña; en una ocasión le pagaron quince pesos. Varias veces, cuando fue al palenque, hizo diferentes embustes diciéndoles a los cimarrones, que mientras él viviese estarían seguros de los blancos. Lo hacía por lo que le daban y porque les tenía temor<sup>35</sup>. Varios cimarrones fueron llevados ante el gobernador para que certificaran si lo conocían. Uno de ellos dijo que era cierto que iba al palenque y les hacía embustes. En una oportunidad, les instó y persuadió para que mataran a un esclavo negro de don Juan de San Martín, diciendo que era brujo que actuaba contra ellos. Otro dijo que una vez le untó la cara con unas yerbas y él

<sup>32</sup> SCHULER, Monica. 1970. “Slave Rebellions in the Caribbean and the Guianas”. *Journal of Social History*. Vol. 3. No. 4. Fairfax, Virginia: George Mason University Press. p. 383.

<sup>33</sup> PRICE, Richard. 1996. “Palmares como podería ter sido”. *Liberdade por um fito. La historia dos quilombos no Brasil* San Pablo: Companhia das Letras. p. 56.

<sup>34</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración del mulato Nicolás ante el gobernador don Martín de Cevallos y la Cerda.

<sup>35</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración de José Carabalí ante el gobernador don Martín de Cevallos y la Cerda.

no supo a dónde iba. Por su parte, Juana Padilla explicó que era verdad que José Carabalí les ponía contras para que no entraran los blancos. La primera vez que vino al palenque lo hizo para curar a Juana Ortega que estaba enferma de yerbas. Dijo que se las había dado el negro de don Juan de San Martín.

Cuando el gobernador le hizo oír estas declaraciones, contestó que “ Juana Padilla hablaba como cristiana y que era verdad lo que decía y que los demás negros no decían bien porque no lo habían visto ni estaban entonces en el palenque”<sup>36</sup>.

Estas declaraciones de los cimarrones de Matudere fueron tomadas después de haber sido aprehendidos y derrotados. En estas circunstancias de destrucción y ruina del palenque, las estrategias protectoras del zahorí habían fracasado. Es muy probable que, por ello, cayó en desgracia entre los miembros de la comunidad palenquera. Generalmente, los hechiceros eran apreciados y temidos, pero si su poder fracasaba eran acusados de las desgracias que acontecían.

En relación con el pensamiento mágico-religioso de los cimarrones de Matudere es preciso recordar las ideas de Joao José Reis quien afirma que la

hechicería fue un elemento importante en las estructuras sociales y de poder africanas. En África, la gente se enfermaba, sufría desgracias o moría, simplemente a merced de gente común o de los dioses. Había especialistas en expulsar los hechizos y curarlos. En la diáspora africana, el hechicero era temido y respetado por los esclavos y a menudo por sus propietarios<sup>37</sup>.

En cuanto a la cantidad de personas que habitaban en Matudere, Nicolás, un mulato de la Tierra Adentro, esclavo de doña Francisca Bautista, cimarrón de este palenque, calculó el número de sus pobladores diciendo que eran unos ochenta hombres en armas, unas veinticinco mujeres y once o doce muchachos<sup>38</sup>.

### **Demografía y composición étnica**

Una lista<sup>39</sup> de los esclavos aprehendidos, interrogados por el gobernador de Cartagena, don Martín de Cevallos y la Cerda, y de otros que faltaban por capturar, puede dar idea del número de habitantes y de la heterogeneidad de los pobladores de este palenque. Según este listado, en el palenque de Matudere, unido con el de Betancur, vivían en 1693 unas ciento cuarenta personas adultas, hombres y mujeres. Había cimarrones de origen africano, criollos, nacidos en la provincia de Cartagena,

<sup>36</sup> Ibid.

<sup>37</sup> REIS, Joao José. 1995. *Slave Rebellion in Brazil*. Baltimore; The John Hopkins University Press. p. 61.

<sup>38</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración del mulato Nicolás, ante el gobernador de Cartagena don Martín de Cevallos y la Cerda.

<sup>39</sup> Ver anexo

mulatos, cuarterones y mujeres indias, sacadas de los pueblos de naturales.

Las tres cuarteronas eran hermanas, fueron llevadas por los cimarrones desde Bijagual, en una de sus incursiones<sup>40</sup>. Así lo confirman las declaraciones de Lucía y de Juana Hernández quienes el 5 de mayo de 1693, dijeron que haría un mes que los cimarrones entraron a Bijagual, donde residían, y a las tres hermanas y a siete muchachas más, las llevaron al palenque, donde las tenían para repartir entre los hombres; Cuando llegaron al palenque, las metieron en el bohío del capitán Domingo. La gobernadora, su mujer, quería que las pusiesen a pilar maíz y a trabajar, pero Antonio Congo, el zahorí, las defendió. En adelante, no hicieron cosa alguna. En esa ocasión, los cimarrones azotaron a los hombres y a uno le dieron de machetazos. También había en el palenque once indias del pueblo de Piojón que en el día pilaban maíz y de noche se retiraban cada una al bohío de un cimarrón. Dos de ellas habían parido crías<sup>41</sup>.

Un análisis aproximado de lo que muestra el listado manifiesta que de los cincuenta y nueve cimarrones identificados como africanos, cuatro procedían del área de la Alta Guinea, veinticinco de la Baja Guinea y treinta de Angola, incluyendo también los congo. Los documentos no explicitan

la casta de cuarenta y ocho cimarrones; éstos podrían ser africanos puesto que tampoco se dice que fueran criollos. Se identificaron diez criollos nacidos en diferentes partes de la “tierra”. También había seis mulatos, tres cuarteronas de mulato y por lo menos once mujeres indias, además, de muchachos y muchachas y varias crías. Podría decirse que entre las castas, la más numerosa era la de congos, que junto con los angolas y el criollo de San Tomé darían a entender que en este palenque dominaban los bantúes, de la zona sur-occidental de África. Le sigue la de los ararás, que parece haber sido de influencia, porque se sabe que en el palenque de Matudere circulaba la lengua arará. Esta variedad de grupos étnicos conviviendo en el palenque de Matudere permite creer que los africanos tuvieron que administrar sus diferencias, forjar nuevos lazos de solidaridad y recrear elementos culturales.

Es interesante la presencia en el palenque de mulatos, cuarteronas de mulato y mujeres indias. Esto hacía de Matudere un palenque eminentemente heterogéneo, no solo en diversas naciones africanas sino en criollos, nacidos en estas partes, mestizos de negro y mujeres casi blancas.

Esta diversidad de pobladores del palenque de Matudere posibilita pensar que allí se elaboró una

---

<sup>40</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Testimonio de autos obrados por el gobernador de Cartagena don Martín de Cevallos y la Cerda.

<sup>41</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración de Lucía Hernández ante el gobernador don Martín de Cevallos y la Cerda.

reconstrucción cultural sui generis en la que participaron visiones del mundo y elementos africanos diversos, experiencias tomadas de su vida en esclavitud, aspectos aportados por el mundo ibérico-americano, experiencias personales de los cimarrones y adaptaciones necesarias para vivir en un nuevo espacio geográfico. En Matudere sucedió lo que Aguirre Beltrán menciona para Nueva España, en donde el esclavo no pudo reconstruir las culturas africanas de donde procedía.

Su status de esclavo, sujeto a la compulsión de los amos esclavistas cristianos, le impidió hacerlo; aún en aquellos casos frecuentes en que la rebelión lo llevó a la condición de negro cimarrón y, aislado en los palenques, vivió una vida de absoluta libertad, su contacto con el indígena y con el mestizo aculturado le impidió llevar a cabo esa reedificación... el negro sólo pudo, en los casos en que alcanzó un mayor aislamiento, conservar algunos rasgos y complejos culturales africanos<sup>42</sup>.

En Matudere, como en otros palenques, los cimarrones persistieron

en crear nuevas formas de vida y de interpretación del mundo, en un proceso de criollización que ya había comenzado en las estancias y las casas señoriales. En este proceso se movilizaron principios generales y maneras de ver el mundo que portaron desde África. Pero al mismo tiempo, tomaron de las estancias, las minas y las ciudades, aspectos locales de la cultura material y espiritual, predominantemente europeos e indígenas. De igual forma, tuvieron lugar intercambios culturales entre esclavos criollos y africanos y entre africanos de diferentes grupos étnicos<sup>43</sup>.

En cuanto a los sexos, dominaban los varones. Se pudieron contabilizar ochenta y dos frente a cuarenta y cuatro mujeres, sin contar las once indias. Esto quería decir que había casi el doble de hombres que de mujeres. En Matudere, la desproporción entre los sexos los llevó a recurrir al robo de mujeres en estancias, extramuros de ciudades y villas y pueblos de naturales. En términos generales, la composición de género en los palenques era desigual. El número de hombres superaba al de mujeres. Para remediar este desequilibrio, los cimarrones acudieron a la captura de mujeres durante las incursiones a las estancias y a los pueblos de indios. Esto mismo sucedió en Matudere.

---

<sup>42</sup> AGUIRRE BELTRÁN, Gonzalo 1958. *Cuijla. Esbozo etnográfico de un pueblo negro*. México: Fondo de Cultura Económica. p. 10.

<sup>43</sup> REIS y GOMES. "Quilombo: Brazilian Maroons... p. 2..

Mary Karasch, al referirse al mayor número de esclavos varones que huían dice que los hombres tenían más posibilidades de escapar que las mujeres debido a la clase de trabajos que desempeñaban. Las mujeres y los niños eran vigilados de cerca en las casas de los colonos y las mujeres servían como concubinas, sirvientas o cultivaban alimentos en las haciendas<sup>44</sup>.

El tipo de lista, recogida entre quienes fueron llamados a declarar frente al gobernador de la provincia de Cartagena, los que fueron sentenciados y los manifestados como faltantes, no permite establecer la existencia de familias. Pero se sabe, por otros documentos que las había constituidas como tales. Por ejemplo, Domingo Padilla, el capitán del palenque tenía su mujer, Juana Padilla y tres hijos: Santiago, Vicente y Tomé. Otro ejemplo significativo es el de Francisco, de casta popó. Este caso demuestra cómo los cimarrones luchaban por conseguir la liberación de su familia y llevarla consigo al palenque. Francisco era esclavo de Pedro Pérez, a quien sirvió desde pequeño con mucho amor. Se casó con una mulata esclava, llamada Úrsula Pérez, en quien tuvo once hijos, de los cuales ocho estaban vivos. Sin que hubiera causa alguna, a su amo le dio por venderlo, apartándolo de su mujer y sus hijos. Lo remitió a Cartagena. Allí

estuvo buscando padrinos durante tres meses para que intercedieran y no lo vendieran; viendo que no lo podía conseguir, se fue a la estancia del Tabacal y, desde ella al palenque de Matudere. Con el apoyo de otros cimarrones entró a la estancia de Pedro Pérez para llevarse a su mujer y a sus hijos. Logró escapar con ella y con cuatro hijos que fueron los que pudo encontrar<sup>45</sup>.

### La furia por la libertad

El 2 de abril de 1693, la ciudad de Cartagena se encontraba conmocionada por las noticias que recibía de pobladores de las estancias, en relación con los desmanes que estaban causando los cimarrones de Matudere, un palenque situado en la sierra de Luruaco.

Ese día, el sargento general de batalla, don Martín de Cevallos y la Cerda, gobernador y capitán general de Cartagena y su provincia expidió un bando por el cual todos los vecinos de la ciudad y fuera de ella, que tuvieran esclavos negros, no les podían consentir el porte de armas. Tampoco, podrían circular por las calles a partir de las ocho de la noche. Sus propietarios debían estar en la mira de sus movimientos. Ninguna persona podría vender pólvora ni balas a los esclavos so pena de doscientos pesos, para la cámara de su majestad<sup>46</sup>.

<sup>44</sup> KARASCH, Mary. 1996. "Os quilombos do ouro na capitania de Goias". *Liberdade por um fio. História dos quilombos no Brasil*. San Pablo: Companhia das Letras. p. 241.

<sup>45</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración de Francisco Popó ante el gobernador de Cartagena.

<sup>46</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Testimonio de autos obrados por el gobernador.

El alférez Manuel Díaz, de sesenta y un años de edad, refirió al gobernador que el sábado anterior entre las ocho y nueve de la mañana, estando en su estancia, vio venir hacia su casa una cuadrilla de negros. Al aproximarse le agarraron y le dieron de golpes. Les suplicó, en el oratorio, que no lo mataran y, en efecto, le perdonaron la vida. Entraron en la casa, desbarataron los colchones y robaron todo lo que encontraron, haciendo un montón en el patio y colocando en mochilas. Fueron a la porquera, sacaron ocho cerdos capados, los mataron, salaron y cargaron. En las cercanías de la estancia hicieron un rancho y prepararon de comer. Hacia las cuatro de la tarde, llegó otro escuadrón de unos treinta cimarrones disparando, a lo que respondieron con tiros los que se encontraban por allí. Permanecieron en silencio por la noche hasta que a las cinco de la mañana rondaron la casa y buscaron de nuevo qué llevarse.

Intentaron prenderle fuego al sembrado de maíz, pero el esclavo Nicolás les pidió por amor de Dios que no lo hicieran. Se llevaron las aves y patos que había, hasta los perros. Obligaron al alférez a salir del oratorio y quitarse la camisa, dándole “porrazos y rebencazos”. Quisieron llevarse el cáliz y los ornamentos. Al preguntarles el alférez si no eran cristianos, respondieron que sí y dejaron los ornamentos. Como a las siete de la mañana se fueron, ordenándole que de

ninguna manera saliera de su estancia hasta el lunes.

Según el alférez, el número de cimarrones que atacó la estancia era de unos setenta, de todas las castas, la mayoría criollos y un zambo; todos jóvenes entre quince y veinte años. El que hacía las veces de capitán lo llamaban caporal y no era el del palenque<sup>47</sup>.

El 4 de abril de 1693, Diego Conde, pardo libre de cincuenta y tres años, mayordomo de la estancia de don Francisco Velásquez de Quero, declaró ante el gobernador don Martín de Cevallos y la Cerda, que el día de ayer entraron en la estancia cimarrones, robaron lo que había y preguntaron por los esclavos.

Hacia el medio día llegaron alrededor de cuarenta y cinco cimarrones, portando lanzas, flechas y escopetas. Pidieron agua y cuando fue a dárselas lo agarraron, amarraron a un poste y dieron de bejucazos. Entraron a la casa, se llevaron dos escopetas y lo que encontraron. Al preguntar por los esclavos se les dijo que estaban en Cartagena confesando, aunque en realidad se encontraban en la roza. Entre los cimarrones se hallaba Pedro Congo, esclavo que había sido de don Juan de Mier, quien le enseñó una escopeta que era de Manuel Díaz<sup>48</sup>.

Por su parte, Úrsula Pérez, una mulata, de cincuenta años, esclava de Pedro

<sup>47</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración del alférez Manuel Díaz.

<sup>48</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración de Diego Conde, mayordomo de una estancia.

Pérez quien residía en la vecindad de la Balsa dijo que estando en el sitio de su amo, mientras él se encontraba ausente, entraron cimarrones del palenque de Matudere, entre ellos su marido Francisco que ya estaba en el palenque, y robaron a su amo todo cuanto tenía. Se la llevaron a ella junto con sus cuatro hijos: una zambita llamada Clara, de doce años, otra llamada Bonifacia de diez, otra de nombre Ventura de seis y un zambito de tres años por nombre Marcos<sup>49</sup>.

¿Cuáles fueron las causas para que los cimarrones de Matudere actuaran tan violentamente y realizaran actos de pillaje? Las declaraciones de algunos cimarrones dejan entrever que habían recibido noticias y tenían conocimiento de la existencia de una cédula real que un sacerdote había traído de España y que les prometía la libertad. Tenían entendido “ser general la libertad para los de su color”<sup>50</sup>. Según su versión, esta cédula los cobijaba a ellos, les ofrecía el indulto y los declaraba libres. Sabían que el gobernador de Cartagena, los regidores y los señores de Cartagena, entre ellos el alférez Manuel Díaz, se habían negado a reconocerla<sup>51</sup>.

Es muy probable que ante esta circunstancia, hubieran decidido escarmentar a los vecinos y hacer demostraciones de poder asaltando las estancias, especialmente contra aquellos que se negaban a aceptar la

cédula real. Amenazaban con venir sobre Cartagena y robar en los caminos, si no se les hacía efectiva la libertad ofrecida. Estaban en lo cierto sobre la existencia de la cédula real. Pero ésta había sido conseguida por el padre Baltasar de la Fuente, en el Consejo de Indias, para favorecer a los cimarrones de las sierras de María. Este fue el argumento que aprovecharon los miembros del cabildo de Cartagena para discriminar a los cimarrones de la sierra de Luruaco y emprender la guerra contra ellos. En últimas, la cédula tampoco fue efectiva para los cimarrones de María, porque sus palenques fueron, posteriormente, destruidos.

Los cimarrones de Matudere, en esta ocasión, no sólo arremetieron contra las estancias de los vecinos de Cartagena sino contra los poblados. El 12 de abril de 1693, hacia las tres de la tarde, entraron al sitio de Bijagual, a siete leguas de Cartagena, robaron lo que hallaron, se llevaron tres mujeres, cuarteronas de mulato, con siete hijos, dos de ellas casadas, azotaron a los hombres y dieron muerte a un indio, marido de una de ellas. Quien esto declaró fue Juan Correa, natural de Cádiz. Agregó en su testimonio que oyó decir a un moreno que los indios de Bijagual habían cogido en el monte un negro cimarrón para entregarlo a las autoridades. Lo trajeron hasta Cartagena pero se les escapó y volvió

<sup>49</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración de la mulata Úrsula Pérez.

<sup>50</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Relación del gobernador de Cartagena don Martín de Cevallos y la Cerda a su majestad.

<sup>51</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración del alférez Manuel Díaz.

al palenque. Esta fue la razón por la que acometieron contra el sitio de Bijagual<sup>52</sup>.

Otro poblado que fue atacado por los cimarrones de Matudere fue el de los indios de Piojón, Invadieron el pueblo armados de lanzas, machetes y escopetas, mataron a nueve indios a machetazos, a un “chino” de nueve años que se había refugiado con el cura del pueblo le dieron muerte y obligaron al doctrinero a huir a los montes. Posteriormente, quemaron el pueblo, del que sólo se salvó la iglesia y se llevaron diez indias. De allí, pasaron a la estancia del presbítero don José de Mesa y en ella dieron muerte a varios españoles<sup>53</sup>. Invadieron la hacienda, en cuya vivienda se encontraba don Pedro de Anaya y prendieron fuego a la estancia. Cuando llegaron, Juan Congo fue por un tizón al bohío de un esclavo, lo sopló hasta que prendió fuego y con éste incendió la casa. Don Pedro de Anaya y quienes lo acompañaban fueron asesinados al verse forzados a salir por el acoso de la candela<sup>54</sup>.

Las relaciones entre indígenas y cimarrones adolecieron de altibajos y sus enfrentamientos dependieron de circunstancias coyunturales. El ataque a los indios de Piojón parece haberse dado porque, según declaró un cimarrón, allí se estaban juntando los indios para hacerles la guerra. Frente

a esa amenaza, el zahorí del palenque, que “adivinaba y sabía todo”, ordenó darles muerte. Esta idea la confirma la declaración de otro cimarrón que explicó que asaltaron a Piojón porque el zahorí del palenque les dijo que en ese pueblo estaban levantando indios para venir contra el palenque<sup>55</sup>.

Estos actos violentos cometidos por los cimarrones de Matudere permiten deducir que los cimarrones actuaron con brutalidad y vehemencia contra estancias de vecinos y poblados de indios cuando sentían que su seguridad peligraba por su causa. Era una especie de guerra preventiva. Además, Matudere era un palenque de no más de veinte años de existencia. Ello admite lanzar la hipótesis de que un palenque joven acudía con mayor propensión al pillaje y al robo de mujeres que un palenque estable y de larga duración. Si bien Matudere tenía una economía agrícola que complementaba con el comercio en las estancias y lo que lograba conseguir en Cartagena, por medio de intermediarios, todavía no gozaba de estabilidad y autonomía. Para agravar su posición, estaba circundado de estancias con las que llevaba una relación tensa y ambigua. Por lo demás, la situación coyuntural de la existencia de la cédula real, aumentó las condiciones de conflicto.

<sup>52</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración de Juan Correa.

<sup>53</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Querrela civil del protector de naturales.

<sup>54</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración de Marcelo.

<sup>55</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración de Juan de casta arará. Declaración semejante hizo Francisco de Anaya, capitán de guerra del palenque.

Joao José Reis y Eduardo Silva apoyan una concepción semejante para Brasil cuando dicen que los quilombos pequeños o en formación, se dedicaban con preferencia a la *razzia* y no eran susceptibles a un acuerdo de paz. Localizados en la periferia de las ciudades o de las áreas agrícolas, sobrevivían de los asaltos y del saqueo a las haciendas vecinas lo cual producía inestabilidad a las áreas en que actuaban y provocaba fuertes reacciones represivas<sup>56</sup>.

El 15 de abril de 1693, el sargento general de batalla don Martín de Cevallos y la Cerda, gobernador y capitán general de la ciudad de Cartagena y su provincia, manifestó que en respuesta a las hostilidades ocasionadas por los cimarrones del palenque de Matudere era preciso aplicar el remedio conveniente. En conformidad con los cuatro diputados nombrados por el cabildo de la ciudad y los vecinos se dispuso la avanzada contra el palenque de Matudere, dirigida por el propio gobernador. Los vecinos, voluntariamente aportaron y reunieron los medios con los que el gobernador pudo preparar la campaña. Se acordó despachar órdenes e instrucciones a cada uno de los cabos de la milicia para que hicieran entrada a la sierra de Luruaco. Como no se tenía conocimiento de esas tierras de montaña, mandó que los cabos llevaran

cien hombres de la Tierra Adentro, cincuenta portando armas de fuego y los otros con lanzas y flechas. Además, se solicitaría al protector de naturales la reunión de cien indios flecheros que se unirían a las fuerzas que marcharían contra los palenques. El gobernador ofrecía mandar trescientos pesos para entregar tres pesos a cada hombre, una libra de pólvora, dieciocho balas, dos piedras de escopeta para los que llevaban bocas de fuego. A cada indio se le pagarían doce reales para lo cual se remitirían ciento cincuenta pesos al protector de naturales.

Las manifestaciones de violencia entre indígenas y cimarrones no fueron permanentes. En el aspecto económico, llevaron a cabo intercambios comerciales; en muchas ocasiones, llegaron hasta la complementariedad. Los cimarrones conseguían algunas cosas entre los indios y viceversa. En lo social, aunque no hubiera plena integración, se entablaron relaciones. La declaración de Vicente, el hijo del caudillo del palenque, deja entrever que hubo, incluso, vínculos de compadrazgo. Cuando el gobernador de Cartagena le requirió si había estado en el ataque a Piojón, contestó haberlo hecho pero con el deseo de librar al doctrinero, al encomendero y a una india que era madrina de una hermana suya<sup>57</sup>.

---

<sup>56</sup>REIS, Joao José y SILVA, Eduardo. 1989. *Negociação e conflito. A resistencia negra no Brasil escravista*. San Pablo: Editora Schwarcs Ltda. p. 69.

<sup>57</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración de Vicente, hijo del capitán Domingo Padilla..

Las tensiones entre indígenas y cimarrones fueron atizadas por las autoridades civiles y militares que demandaron la presencia de indios, para incluirlos como milicianos en las campañas de exterminio contra los cimarrones. Iban bajo el mando de cabos españoles. Domingo Padilla explicó que cuando entraron los soldados a destruir el palenque, él anduvo por el monte tres días sin comer ni beber. Cuando intentó entrar en la estancia de don Pedro Ballestas, le salieron al encuentro el capitán Juan Díaz con indios pintados e indios de Piojón, le propinaron cuatro heridas y le prendieron<sup>58</sup>.

En las guerras contra los cimarrones de finales del siglo XVII, se distinguieron por su participación las tropas de naturales de Malambo y los chimilas, o indios pintados, de la provincia de Santa Marta. Eran hábiles en el manejo de las flechas y excelentes guías en los montes tupidos<sup>59</sup>.

Lo que animaba a los indios a participar en la persecución a los cimarrones era el hecho de recibir un pago por cada cimarrón que entregaran a las autoridades. Eran recompensados por aprehender fugitivos y se les pagaba por participar en la milicia que se preparaba para destruir los palenques. Otra motivación era la

venganza. Los indios se aprestaban a formar parte de las tropas en retaliación por las hostilidades sufridas y el rapto de mujeres. Ideas semejantes son mencionadas por Mary Karasch al estudiar los quilombos de la capitania de Goias<sup>60</sup>.

Los diputados y el procurador general de Cartagena, en nombre de la ciudad, le solicitaron al gobernador salir personalmente a dirigir la campaña contra los cimarrones, para mayor servicio de su majestad y conservación de la plaza y provincia<sup>61</sup>.

Al día siguiente, el gobernador acordó sacar de los pueblos del partido de la Tierra Adentro cien naturales flecheros para que se entregaran, de por mitad, al capitán don Juan Gabriel y a su ayudante Juan de Landeta. Para tal efecto, ordenó a don Francisco de Molina Argiles, protector de naturales, que se dirigiera, sin dilación a los pueblos de naturales y sacara cien indios flecheros. Debía tener cuidado de dejar un tercio de la gente para atender su trabajo y el de las rozas de los demás.

A los indios se les pagarían doce reales por cabeza y se les reconocerían los días que fueren ocupados en la entrada al palenque. Toda la milicia recibiría ropa, puercos, gallinas y lo que

---

<sup>58</sup> AGI *Santa Fe*, 213. Declaración de Domingo Padilla, capitán del palenque.

<sup>59</sup> BORREGO PLÁ, María del Carmen. 1973. *Palenques de negros en Cartagena de Indias a fines del siglo XVII*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos. pp. 19-20.

<sup>60</sup> KARASCH. "Os Quilombos do ouro..." p. 256.

<sup>61</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Instrucciones sobre la entrada al palenque.

hallaren en el palenque, más cuarenta pesos por cada cimarrón que capturaran.

Decretó a los caciques, capitanes, encomenderos y a los naturales obedecer sus órdenes. Don Francisco de Molina debía hacer la lista de los naturales. Se les advertiría que no podían devolverse so pena de doscientos azotes y un año de servicio en la fábrica de la ciudad. El gobernador se trasladaría al pueblo de indios de Timiriguaco, a nueve leguas de Cartagena para dirigir la estrategia, impartir órdenes y atender lo que pudiera ofrecerse<sup>62</sup>. En reemplazo suyo dejó al licenciado don Pedro Martínez de Montoya, teniente general de Cartagena, el gobierno de los asuntos políticos y a don Alonso Cortés, sargento mayor de Cartagena, el gobierno de las armas.

### **El desarrollo de las confrontaciones**

El gobernador llegó al pueblo de Timiriguaco el 26 de abril de 1693. Ese mismo día arribó el capitán Francisco de Llerena, alcalde ordinario de la villa de Tenerife, en compañía de catorce indios pintados con sus arcos y flechas. Se los consideró precisos y necesarios para el descubrimiento y entrada al palenque, por ser tan buenos rancheros y flecheros. Como provenían de la provincia de Santa Marta fueron

solicitados judicialmente. Además, el capitán ofreció otros tantos soldados de su compañía, como en efecto sucedió<sup>63</sup>.

Mientras tanto, en Cartagena, el sargento mayor, don Alonso Cortés, encargado del gobierno de las armas, en ausencia del gobernador, recibió noticias de que algunos esclavos fugitivos se encontraban en el partido de Barroso, en Arjona y otras partes. En virtud del poder que había recibido, sin haber informado al gobernador y sin su aprobación, envió un cabo con veintitrés hombres a vigilar su estancia para que no se la invadieran los cimarrones y al capitán don Juan del Castillo Artajona, junto con el capitán don Pedro de Anaya, con cuarenta y tres hombres pardos armados, al sitio de la Boquilla, con órdenes de esperar<sup>64</sup>. Al día siguiente los soldados devolvieron catorce escopetas por no estar en buenas condiciones; sin dilación se les remitieron catorce lanzas.

Esta empresa tuvo infeliz resultado porque los cimarrones los atacaron a un descuido de la milicia y dieron muerte al capitán don Juan del Castillo Artajona, junto con veintidós hombres. El 28 de abril de 1693, retornaron a Cartagena los restantes derrotados trayendo noticias de la muerte de su capitán<sup>65</sup>.

---

<sup>62</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Orden para el protector de naturales.

<sup>63</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Memorial de autos obrados por el gobernador de Cartagena.

<sup>64</sup> AGI. *Santa Fe*, 212. Carta escrita por don Pedro Martínez de Montoya a su majestad.

<sup>65</sup> *Ibid* y AGI. *Santa Fe*, 212. Carta escrita por don Alonso Cortés a su majestad.

Varios cimarrones confesaron haber participado en la embestida. La milicia cimarrona iba dirigida por Francisco de Anaya, capitán de guerra del palenque Matudere y en ella participaron todos los hombres hábiles. Don Juan del Castillo Artajona murió en la refriega. Francisco Arará, José Arará y Miguel Congo fueron quienes causaron su muerte. Marcelillo, un esclavo del sargento mayor le cortó sus “partes bajas”, las tomó en sus manos, envolvió en un trapo y se las envió a su antiguo amo, con un mulato “diciéndole que con él había de hacer otro tanto”<sup>66</sup>.

En esa ocasión, los cimarrones, por obra de Antonio Bomba, el brujo del palenque, mataron al capitán don Pedro de Anaya y a un mulato. Al día siguiente que regresaron al palenque llevaron sus dos cabezas “y todos los negros y negras jugaban con ellas, bailando alrededor de ellas, preguntando a dichas cabezas si querían bollo, y respondían diciendo no querían bollo sino plata y les daban muchos porrazos y después las colgaron con cabuyas en los caminos del palenque”<sup>67</sup>.

Dos jóvenes cuarterones de pardo, Juan Francisco Ramírez, hombre libre de veinte años e Hilario Radillo, de veintisiete, miembros de la milicia enviada por el sargento mayor, dieron informe, desde su propia visión, de cómo habían sucedido los hechos.

Dijeron haberse embarcado en Cartagena con otros cuarenta hombres que llevaban por cabo al capitán don Juan del Castillo Artajona. Aquella noche durmieron en un caño cercano. Por la mañana, limpiaron las armas, marcharon y almorzaron cerca del arroyo de Canalete. Al medio día fueron al puerto y embarcadero conocido como De Mesa y se quedaron en un bohío grande o ramada cubierta de palma. Allí estuvieron esa tarde, la noche y la mañana siguiente.

Después de almorzar, como a las diez de la mañana, el capitán don Pedro de Anaya, con su gente, resolvió dirigirse a la estancia de don José de Mesa para traer unas bestias. Allí irían a dormir aquella noche. Algunos se fueron, los demás, se quedaron en el puerto. Hacia medio día hubo una gran tempestad y todos se recogieron debajo del bohío sin dejar centinelas. En ese estado, oyeron unas voces que gritaban ¡a las armas!, al darse cuenta que habían llegado los cimarrones. No fue sino decirlo, cuando fueron cercados y cayeron sobre ellos sin dar tiempo a que dispararan el primer tiro. Los cimarrones eran unos cien.

Todos los soldados salieron en fuga, con excepción del capitán, que gritaba que no huyeran, y otros cuatro. Los cimarrones dieron muerte a los que estaban en tierra, a los de las orillas de la ciénaga y a los que cayeron al agua. A uno de los declarantes, Juan

<sup>66</sup> AGI. *Santa Fe*, 213, Declaración del mulato Nicolás.

<sup>67</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración de Juana Hernández.

Francisco Ramírez, lo hirieron en la mano derecha de un machetazo, al otro, Hilario Radillo, le dieron golpes de plan con el alfanje, y a un esclavo de don Diego Quintana, le amarraron las manos, le pusieron una sogá al pescuezo y lo llevaron hasta el puerto donde tenían cuatro españoles amarrados.

Después de sosegados, los cimarrones se pusieron a discutir si mataban a los que tenían cogidos. Enseguida, desnudaron el cuerpo del capitán Artajona para hacerlo pedazos y

Marcelo cortándole las turmas se las dio a éste (Juan Francisco Ramírez) y le dijo que no los habían muerto a él ni a los cinco que con él estaban porque viniesen a Cartagena a traerlas, para que vieses que eran valientes y que eran libres y los había hecho libres el rey y eran señores del monte y que se habían de defender... y que verían lo que hacían porque el domingo habían de ir a la Popa por la corona de la virgen y que habían de venir a esta ciudad y buscarían a los valientes de ella y que fueran allá Quero, Parma y Durango, que los aguardarían...

Con esta misiva y con el anuncio de que “eran libres y lo habían de defender hasta perder las vidas”, los dejaron ir y permitieron volver a la ciudad. También, les oyeron decir que vendrían

sobre Cartagena a “gozar de las mujeres blancas”... “y haciendo mudanzas con una bandera del rey y tambor”, les hicieron saber que habían dado muerte a don Pedro de Anaya y a los que con él se encontraban. Asimismo, vieron cómo los cimarrones animaban a los suyos que se encontraban heridos y los curaban diciéndoles que no era nada. Uno en particular, curaba con unos palitos que tenía en un calabazo a los que untaba con caña brava de flecha mascada<sup>68</sup>.

Las causas de la agresión a la milicia enviada por el sargento mayor, don Alonso Cortés, estuvieron relacionadas con las noticias que recibieron los cimarrones de que don Juan del Artajona había salido de Cartagena para atacarlos. Estando algunos en la estancia de don José de Mesa, recibieron informes de que el capitán Artajona aprestaba sus hombres para la guerra. Cuando llegaron al palenque dieron cuenta a todos los cimarrones. De inmediato, se prepararon para caer sobre los hombres de Artajona<sup>69</sup>.

El 29 de abril, desde el pueblo de Timiriguaco, donde se encontraba para dirigir las operaciones, el gobernador proveyó auto, concretando la entrada a los palenques Matudere y Betancur. Nombró como cabo superior al capitán Juan de la Rada, al que debían obedecer los demás cabos. Lo acompañaría el capitán don Juan Gabriel Fontalvo. Esta milicia se

<sup>68</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración de Juan Francisco Ramírez y de Hilario Radillo.

<sup>69</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Declaración de Francisco de Anaya.

componía de ciento setenta hombres. Por otro lado, entrarían ciento diez hombres a cargo de los ayudantes Juan de Landeta y Antonio Rodríguez. Todos llevaban órdenes de que a las cuatro y media de la mañana avanzaran al mismo tiempo sobre el palenque. Iban bien armados con escopetas, lanzas y flechas. Entre ellos iban catorce indios pintados a los que se tenía plena confianza<sup>70</sup>. Dio instrucciones para que los cimarrones que fueren cogidos los hicieran confesar, con o sin tormento, los parajes a donde se dirigían en retirada; se hicieran las listas de los que aprehendían, recorrieran los campos, cortaran las cabezas de los muertos y se advirtiera a la gente que por cada cimarrón vivo que entregaran a las autoridades se les pagarían cuarenta pesos y por cada cabeza cuatro.

La noche, vísperas del avance del gobernador sobre el palenque de Matudere, un rayo cayó en la casa donde los cimarrones tenían sus armas y municiones. Este incendio sirvió de guía para las milicias del gobierno que al otro día atacaron a los cimarrones que, al verse sorprendidos, se pusieron en retirada. Sin embargo, la derrota no había sido completa porque cayó un fuerte aguacero que impidió el uso de las armas.

En cuanto al resultado de los enfrentamientos, el capitán don Juan de la Rada avanzó sobre el palenque,

rompiendo monte, invocando a la virgen santísima. Cuando los cimarrones lo sintieron tomaron las armas, al toque de una caja de guerra. La lucha duraría una hora. Los soldados mataron a cinco cimarrones y muchos otros quedaron heridos de muerte. Lo supo porque los indios pintados que los siguieron le dijeron que todo el camino estaba untado de sangre. Unos seis o siete cimarrones fueron aprehendidos y se liberaron varias indias y mestizas. No pudo recorrer la campiña porque cayó un fuerte aguacero. Aprehendió tres mujeres, una negrita y un mulato y prendió fuego a los bohíos. En el palenque habría unos cien cimarrones, algunos de los cuales lograron huir, pero les cogieron las municiones y las balas que tenían. El palenque era grande, con rozas sembradas de maíz que podían ser arrasadas y quemadas<sup>71</sup>.

Los otros capitanes también sorprendieron a los cimarrones que, al darse cuenta del ataque, emprendieron la huida llevando consigo a las mujeres y los niños. Los milicianos se apoderaron del palenque. Varios cimarrones fueron tomados prisioneros y se rescataron nueve mujeres blancas que habían sido robadas. Se cortaron las cabezas de los cimarrones muertos y se remitieron a Cartagena con orden de ponerlas en la plaza, ensartadas en palos. Con ello se pretendía atemorizar a los esclavos de la ciudad y atajar una sublevación<sup>72</sup>.

<sup>70</sup> AGI. *Santa Fe*, 212. Carta escrita por el gobernador de Cartagena, don Martín de Cevallos y la Cerda.

<sup>71</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Carta escrita por Juan de la Rada al gobernador de Cartagena.

<sup>72</sup> AGI. *Santa Fe*, 212. Carta del gobernador don Martín de Cevallos y la Cerda dirigida a su majestad.

La ciudad de Cartagena recibió con aplausos las noticias de la derrota del palenque. En la catedral se descubrió el Santísimo Sacramento y se cantó el Te Deum.

El gobernador se sentía mortificado en el pueblo de Timiriguaco y creía que podía seguir dando órdenes desde Cartagena. Además, el calor le era intolerable. Por eso decidió retirarse; dejó el grueso de su gente en el palenque conquistado, ubicado en el sitio de Matudere. Mandó que varios grupos salieran a recorrer el territorio en busca de fugitivos, para impedir que se refugiaran en los palenques de las sierras de María. Entró a la ciudad acompañado de gran número de prisioneros. En total fueron aprehendidos unos ciento diez cimarrones y gran número de niños<sup>73</sup>.

### **El rigor de la justicia**

Desde Timiriguaco, donde todavía se encontraba, el gobernador proveyó auto para que uno de los cimarrones, por nombre Paulo o Pablo Congo, fuera llevado hasta Cartagena y a la entrada de la ciudad, en horas de la tarde, fuera pasado por las armas. De allí sería trasladado a Cartagena y arrastrado a la cola de una mula; después, colgado de una horca, como castigo ejemplar. Se decía que Pablo, esclavo del capitán Fernando Padilla, había sido uno de los primeros fundadores del palenque “de

mal natural y inclinación, compañero de un negro, que había en dicho palenque, quien ayudaba a insistir a que por los negros se ejecutase las hostilidades que constaba<sup>74</sup>.

En ese mismo auto, decretó que a Antonio Nalu le fueran dados doscientos azotes hasta entrarlo a la cárcel pública. De éste se afirmaba que mantenía permanente comunicación con los cimarrones del palenque Betancur. Era esclavo de don Domingo de la Barrera y se lo conocía con el nombre de General.

En su camino hacia Cartagena, el gobernador don Martín de Cevallos y la Cerda, se dirigió al santuario de la virgen de la Popa para dar gracias del feliz suceso conseguido. Después, continuó hacia el placer de san Lázaro y allí “mandando escuadrónar alguna gente, se pasó por las armas al negro Paulo”. Se le puso una cabuya al pescuezo, amarró a una mula y arrastrándolo se entró, a la ciudad de Cartagena. Al mismo tiempo, se daba de azotes a Antonio General. En la plazuela del matadero, donde estaba la horca, se colgó la cabeza del sacrificado<sup>75</sup>.

El 10 de mayo de 1693, cuando el gobernador hacía su entrada en Cartagena, de regreso de Timiriguaco, llegó el ayudante de la milicia, don Antonio Rodríguez con la noticia de

<sup>73</sup> ARRÁZOLA, Roberto. 1986. *Palenque primer pueblo libre de América*. Bogotá: Todo Impresores. p. 92.

<sup>74</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Memorial ajustado por el gobernador don Martín de Cevallos y la Cerda.

<sup>75</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Auto condenando a muerte a Paulo y a azotes a Antonio.

que traía consigo al capitán del palenque de Matudere, Domingo Padilla, pero, por estar mal herido tuvo que dejarlo en la estancia de don Pedro Ballestas. El gobernador ordenó que fuera entregado al alcaide de la cárcel<sup>76</sup>.

El 13 de mayo fue llevado ante la presencia del gobernador, el capitán del palenque, Domingo Padilla. De inmediato se tomó su declaración. En vista de los atropellos que había cometido, como capitán y fundador del palenque Matudere, “por vía de buen gobierno y capitanía general”, el gobernador proveyó auto en su contra, condenándolo a muerte. Mandó que fuera sacado de la cárcel pública, en bestia menor de albarda, con una soga de esparto a la garganta y llevado por las calles acostumbradas, hasta el pie de la horca. Como no había verdugo para ahorcarlo, sería pasado por las armas. Después sería colgado en la horca durante dos horas, al cabo de las cuales debía ser descuartizado en cinco partes y sus cuartos puestos a la vera de distintos caminos. Su cabeza debía ser colocada a la entrada de la puerta de la Media Luna<sup>77</sup>.

Ese mismo día, el gobernador decretó que tres cimarrones: Francisco, Marcelo y Matías Arará, que habían participado en el maltrato y ofensas al alférez Manuel Díaz, cuando fueron a robar su estancia, serían azotados. Se ordenó que después de sacados de la cárcel, en bestia menor de albarda, les fueran propinados doscientos azotes. Todo lo anterior fue cumplido, tal como se había previsto<sup>78</sup>.

En estos casos, como en tantos otros, el castigo que proferían las autoridades coloniales, además de permitir que el sentenciado sufriera la pena, debía servir como escarmiento a la sociedad. Por tal razón, el castigo debía ejecutarse públicamente para que los espectadores no osaran imitar la falta cometida. En ciertas ocasiones, después de la horca o el garrote, se empleaba el fuego, después de la muerte del infractor de la ley. Era un forma suficiente para causar horror y escarmentar a quien observaba la ejecución<sup>79</sup>.

Por medio de un nuevo auto, el gobernador ordenó que las mujeres cogidas en el palenque fueran puestas

<sup>76</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Auto de constancia de la llegada del ayudante Antonio.

<sup>77</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Auto de sentencia de muerte de Domingo Padilla. También en otras colonias se sentenciaba a muerte a los esclavos fugitivos. En 1680, en Antigua, Antillas occidentales se pasó una ley en la que se prescribía ejecución inmediata para el fugitivo del que se probara que había estado ausente de tres meses en adelante. GASPAR, David Barry. “Runaways in 17th Century Antigua, West Indies”. *Boletín de Estudios latinoamericanos y del Caribe*. Ámsterdam. p. 5.

<sup>78</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Memorial ajustado por el gobernador don Martín de Cevallos y la Cerda. El 14 de mayor de 1693, fueron sacados de la cárcel los cuatro cimarrones y con voz de pregonero que anunciaba sus delitos fueron llevados por las calles, dándoles azotes. En la plazuela del matadero, al pie de la horca, fue pasado por las armas Domingo, el capitán del palenque. Este fue hecho cuartos y los demás, devueltos a la cárcel. Auto de sentencia de muerte de Domingo Padilla.

<sup>79</sup> NAVARRETE, María Cristina. 2005. *Génesis y desarrollo de la esclavitud en Colombia siglos XVI y XVII*. Cali: Programa Editorial de la Universidad del Valle. 2005. p. 293.

en manos de sus dueños. Para efectuar la entrega, sus propietarios tendrían que pagar sesenta pesos, que equivalían a cincuenta ducados de plata y diez reales, para pagar la totalidad de los gastos de su aprehensión. Además, les sería notificada la obligación de sacarlas de la provincia en un plazo de dos meses. Después de haber sido conquistado el palenque y huido algunos de sus integrantes, fueron apareciendo ante el gobernador diversas personas, entre ellas, vecinos, esclavos y libres, trayendo consigo cimarrones que habían aprehendido. Se presentaron a traerlos y a cobrar los cuarenta pesos ofrecidos por la captura.

Una de estas personas fue don Francisco de Molina quien compareció ante el gobernador trayendo un cimarrón, hijo del capitán del palenque, por nombre Vicente, a quien había encontrado cerca de la Popa. El gobernador ordenó recibírsele declaración y que don Juan de Mier le entregara a don Francisco de Molina los cuarenta pesos ofrecidos por la captura de cada cimarrón.

Se recibió confesión de Vicente. Dijo que hacía dos años, estando en la estancia de su ama, huyó de su servidumbre porque su padre lo mandó llamar y vino a recogerlo. Como todavía era un muchacho, no se metía en nada y su padre no lo llevaba a las

“diligencias”. Por su apariencia tendría unos diecisiete años<sup>80</sup>.

El 22 de mayo de 1693, el gobernador Martín de Cevallos y la Cerda escribió carta al rey para testimoniar que había en el palenque de Matudere una negra, mujer del capitán, a la que llamaban reina o virreina, por ser ella, con su marido y sus hijos los fundadores. Por la novedad, hizo que un pintor la retratara y remitió su retrato al Consejo de Indias, en el mismo cajón en que se enviaba la correspondencia<sup>81</sup>.

Por declaración de uno de los cimarrones, el gobernador se enteró que Francisco Anaya, capitán de guerra del palenque, se había refugiado en uno de los conventos de Cartagena, donde gozaba de inmunidad eclesiástica. Se decía que era el promotor de todos los delitos, dio muerte a su amo Pedro de Anaya y a un “chinito” del doctrinero del pueblo le quitó la cabeza con una espada ancha. El 28 de mayo fue traído a presencia del gobernador.

Hasta el momento, se habían aprehendido sesenta y cinco hombres, dos de los cuales fueron ajusticiados; los demás, estaban en la cárcel. En cuanto a las mujeres, se cogieron treinta y una, con nueve crías. En total, eran ciento cinco cimarrones. Según declaraciones, sólo faltaban dos o tres. A lo que replicó el gobernador “... se ha logrado en él ... que no haya quedado semilla de dicho palenque”<sup>82</sup>.

<sup>80</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Auto de entrega del hijo del capitán del palenque.

<sup>81</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Carta del gobernador don Martín de Cevallos y la Cerda a su majestad.

<sup>82</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Memorial ajustado por el gobernador don Martín de Cevallos y la Cerda.

El 5 de junio de 1693, el gobernador don Martín de Cevallos y la Cerda expidió auto de cargos y culpabilidad contra todos los cimarrones presos y les nombró defensor de oficio.

En el pliego de cargos que el gobernador levantó contra ellos fueron acusados de acoger en el palenque a todos los demás que escapaban de sus amos. Allí se hicieron fuertes con diferente género de armas; salían a saltar los caminos y los pasajeros; hostilizaban y robaban las estancias causando muertes e incendios; realizaban raptos violentos de mujeres casadas y doncellas y tomaron las armas contra el presidio de Cartagena<sup>83</sup>.

Por otra parte, varias personas de la provincia se sintieron afectadas por las acciones de los cimarrones, por cuya razón se abrió causa criminal contra ellos. Entre los afectados se encontraban doña María Simón y Velasco, viuda del capitán don Juan del Castillo Artajona, por la muerte de su marido, don Francisco de Molina Argiles, protector general de los naturales, por el ataque proferido contra el pueblo de Piojón y el cabildo de Cartagena, por lo que tocaba al bien público.

Don Lorenzo Andrés de Cadanzares, residente en Cartagena, quien había sido nombrado defensor de los cimarrones del palenque de Matudere

argumentó en su defensa que éstos no habían cometido el crimen de *lesa majestatis*, de lo que se les acusaba. Solicitó moderar las penas por la fuga que hicieron de sus amos, con la benignidad acostumbrada.

El abogado replicaba que a estos negros además de habérseles privado de la libertad “que por derecho natural adquirieron desde su primitivo ser y sin preponderar la institución de la esclavitud, que por el de las gentes tienen sobre sí”, llevados por los malos tratamientos que experimentaban de sus amos se fugaron para mantenerse en lugares donde fuesen gobernador y regidos por sí mismos. Prefirieron esto a permanecer en el castigo y de esta suerte gozar de la libertad, que entre todos los derechos era amable e inestimable. De acuerdo con la ley de las Siete Partidas, la libertad era “una de las más honradas cosas de este mundo así como la servidumbre es la más vil”. Lo que los cimarrones querían era evitar las extorsiones y el crecido trabajo que padecían. De allí, que resultara justificada la fuga al palenque donde habían sido aprehendidos.

Expandía su argumento, diciendo que por lo anterior y por la suma ignorancia e incapacidad de dichos negros, estaban exentos del crimen de *lesa majestad* de que se les acusaba. Porque, aunque hubieran tomado las armas contra la república y contra el rey, su incapacidad les excluía del dolo.

<sup>83</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Testimonio de autos obrados por el gobernador.

Además, era “doctrina asentada y probable que el que ignora, de la misma suerte que es excusado de culpa y negligencia, debe ser de la pena y daño que le puede sobrevenir del delito que por la ignorancia hubiere cometido, porque el dolo preponderará a la culpa”<sup>84</sup>.

Asimismo, apuntaba que los delitos que se les imputaban contra el pueblo de Piojón y la estancia de don José de Mesa tampoco tenían justificación, porque las declaraciones acusatorias eran discordantes. Esto, en razón de que conforme a derecho, los cómplices y compañeros no podían testificar en la misma causa en que estaban comprendidos. Reiteró una vez más, que la fuga que hicieron los esclavos había sido justa. Pidió justicia<sup>85</sup>.

El 16 de ese mismo mes, vistos los autos, escuchadas las declaraciones de los testigos y de los reos y los careos a que se había procedido, el sargento general de batalla, don Martín de Cevallos y la Cerda, gobernador y capitán general de la ciudad y provincia de Cartagena, pronunció sentencia condenando a trece de los cimarrones a la horca, por ser sus caudillos. Mandó que fueran sacados de la cárcel, montados a caballo en bestia de albarda, “con sogas al pescuezo, atados pies y manos” y a la voz de pregonero se manifestaran sus delitos. De esta manera, fueran llevados por las calles públicas hasta

la otra banda de Getsemaní, donde estaba puesta la horca y de ella, colgados por la garganta. Después de tres horas, fueran cortadas sus cabezas, colocadas en las puertas del puente de la ciudad y de la Media Luna y, después, descuartizados. Sus partes serían repartidas por los caminos para que pudieran ser vistas por todos, como castigo ejemplar.

Las sentencias proferidas a los cimarrones proporcionan información acerca de las normas de justicia que se aplicaban a los esclavos fugitivos y los propósitos que se pretendían con estas sanciones. La pena de muerte se destinó a los que eran considerados caudillos en las acciones de asesinato, asaltos, robo e incendios, que los cimarrones habían emprendido contra los vecinos y sus propiedades. Una participación menos activa y beligerante fue sancionada con azotes y vergüenza pública.

La preparación para el cumplimiento de la sentencia se asemejaba a la puesta en escena de una obra de teatro, a la que la gente acudía para apreciar su representación. No era otra cosa que la escenificación del sentido de justicia de la época por medio de la cual la gente, a pesar de los temores, aprendía una lección de lo que no era aceptable socialmente, en ese período histórico. El escenario público de las calles, el sitio de la horca y lo que allí se representaba debieron horrorizar a la

<sup>84</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Petición de Lorenzo de Cadanzares, abogado defensor.

<sup>85</sup> *Ibid.*

muchedumbre, pero a la vez servir de tranquilizante, al constatar el cumplimiento de la justicia. El “delito” de cimarronaje y sus corolarios de muerte, violaciones y robos, cometidos por los fugitivos del palenque de Matudere se habían convertido en el dolor de cabeza de los vecinos, residentes y autoridades de la provincia de Cartagena.

Como dice James Scott: “si la subordinación requiere una escenificación creíble de humildad y deferencia, la dominación parece requerir una escenificación creíble de altanería y superioridad”<sup>86</sup>.

La virreina del palenque, por ser fundadora y mujer del capitán, junto con treinta cimarrones fueron condenados a doscientos azotes, cada uno, que serían propinados por las calles públicas. Además, sufrirían el destierro perpetuo de la ciudad y toda su provincia. Los viejos y enfermos que se hallaban en la cárcel fueron exceptuados del castigo.

El gobernador ordenó que, después de aplicada la pena a estos cimarrones, fueran entregados a sus propietarios, bajo el pago de la cantidad asignada. Asimismo, mandó que les fueran colocadas dos calzas de hierro de seis libras cada una, en los pies; “sin que de ningún modo pudiesen salir de la ciudad a su hacienda de campo hasta que hubiese ocasión de remitirlos fuera de la provincia para su enajenación”<sup>87</sup>.

El 17 de junio de 1693, el abogado defensor de los cimarrones del palenque de Matudere, don Lorenzo Andrés de Cadanzares, dijo que se le había notificado la sentencia definitiva por la cual se condenaba a pena de muerte a trece cimarrones y a otros a pena de doscientos azotes. Solicitó se atendiera su solicitud de apelación ante la Real Audiencia de Santa Fe, en uso del derecho a favor de los cimarrones. Sin embargo, el gobernador proveyó que se ejecutara la sentencia pronunciada, no obstante la apelación interpuesta.

Por su parte, los mayordomos y hermanos de la cofradía de Nuestra Señora Gracia de la Caridad, en nombre propio y de los demás hermanos presentaron una solicitud al gobernador, para que en nombre de la Divina Misericordia, se les permitiera dar cristiana sepultura a los trece cimarrones, relevándolos de la descuartización. El gobernador aceptó la petición y mandó que sólo se les cortaran las cabezas y después de tres horas en la horca se colocarían donde fue ordenado. En vista de que no había verdugo diestro que los pudiera ahorcar, se dieron órdenes para que fueran pasados por las armas.

En cumplimiento de la sentencia, el 17 de junio, Ignacio Sánchez de Mora, escribano público certificó que ese día fueron sacados de la cárcel: Francisco de Anaya, Marcelo, José, Miguel,

<sup>86</sup> Nota tomada de BURKE, Peter. 2006. *¿Qué es la historia cultural?*. Barcelona: Paidós.g p. 116.

<sup>87</sup> AGI. *Santa Fe*, 213. Petición de Lorenzo de Cadanzares, abogado defensor.

Francisco Arará, otro Francisco Arará, Juan Arará, Antonio, Juan Congo, Francisco, Matías, Francisco, José de los Santos y llevados a la plaza del matadero, en la otra banda de Getsemaní, donde fueron pasados por las armas, colgados en la horca y cortadas sus cabezas<sup>88</sup>. Estas se pusieron en los caminos “para ejemplo y temor de este género de gente”.

Los sentenciados a doscientos azotes fueron “metidos en unas escaleras de palo, hasta la mitad de los cuerpos, atados con cabuyas, dejando un hueco de escalón, de negro a negro, por no haberse hallado bestias menores de albarda bastantes”. Con excepción de Manuel, esclavo de don Francisco Quero, por estar mal herido y Manuel Mina, por encontrarse con viruelas, el resto fueron llevados por las calles y azotados, a voz de pregonero; luego, devueltos a la cárcel<sup>89</sup>.

Los demás cimarrones iban siendo sacados de la provincia para distintas partes donde no pudieran volver a incurrir en su falta. Con la muerte y aprehensión de todos los cimarrones que tenía el palenque, que serían unos ciento treinta, la ciudad quedó “satisfecha” y “horrorizados los negros esclavos reducidos a servidumbre, que deben a sus dueños, sin que se experimente la fuga de alguno después de la debelación de este palenque,

siendo así que antes la ejecutaban con desorden imponderable”<sup>90</sup>.

## Conclusiones

Como pudo observarse a lo largo de este artículo, el palenque de Matudere poseía características propias que lo hicieron singular, frente a otros. Su localización, período de existencia, duración, composición étnica, relaciones con la sociedad mayor y las circunstancias históricas de ésta, determinaron su peculiaridad.

Los cimarrones y sus lugares de refugio, los palenques, pusieron en jaque a la sociedad colonial; sin embargo, no es posible afirmar que su forma de resistencia contra la esclavitud tuviera como propósito abolirla. Los esclavos pretendían conseguir su libertad individual pero no actuaban como miembros de una clase específica.

El proceso de lucha cimarrona que antecedió la existencia del palenque de Matudere se inició con los palenques de la Matuna, el situado en el distrito de Usiacurí y el de Limón. Tuvo continuidad con los poblados de cimarrones de los Montes de María y los de la banda derecha del río grande de la Magdalena. El siglo XVII fue una larga centuria de tensiones y de confrontaciones militares, para destruir los palenques.

---

<sup>88</sup> AGI, *Santa Fe*, 213. Testimonio de autos obrados por el gobernador.

<sup>89</sup> *Ibid.*

<sup>90</sup> AGI, *Santa Fe*, 212. Carta del gobernador de Cartagena don Martín de Cevallos y la Cerda a su majestad.

Un hecho histórico acaecido en 1693 determinó el comportamiento de los cimarrones de Matudere, en relación con las autoridades y los miembros del cabildo de Cartagena. Fue la llegada de una cédula real, traída por el presbítero Baltasar de la Fuente Robledo, prometiendo el indulto y la libertad para los cimarrones de las sierras de María. Los habitantes de Matudere creyeron que les era extensiva: “por haber todos concebido ser general la libertad para los de su color”.

Estos, al darse cuenta de las negativas del cabildo, en retaliación, decidieron atacar sus estancias, causando muertes, incendios y robos. Lo propio hicieron con algunos pueblos de indios a los que creían sus enemigos.

La violencia acometida por los cimarrones de Matudere fue respondida por las autoridades con una declaratoria de guerra. El palenque fue destruido y los caudillos brutalmente castigados.

Matudere había sido un palenque joven, de no más de veinte años de existencia. Ubicado en la sierra de Luruaco, estaba rodeado de estancias, hatos y pueblos de indios. Esta localización lo hizo vulnerable. A pesar de que sostenía relaciones con el medio circundante, los temores que proyectaba aumentaron la sensibilidad de los vecinos, para quienes la mejor solución era destruir el palenque.

La composición étnica de Matudere era heterogénea. Había africanos de

distintas etnias, procedentes de áreas culturales diversas, criollos procedentes del área rural y urbana de la provincia de Cartagena, mulatos, zambos, mujeres indias y cuarteronas de mulato, tomadas en las incursiones a estancias y pueblos. Esto hizo de Matudere una comunidad multiétnica donde circulaban algunas lenguas africanas, entre coterráneos.

La vida de Matudere fue relativamente corta. A diferencia de San Miguel Arcángel no pudo perpetuarse en el tiempo ni trascender hasta el presente. Sus residentes fueron aprehendidos por las fuerzas del orden y castigados por la justicia. Unos pocos quedarían desparramados por los montes.

### **Anexo**

#### *Cimarrones de castas identificadas*

- 1.- Domingo Padilla, también apellidado Angola, esclavo de don Fernando Padilla, capitán del palenque Matudere o Tabacal.
- 2.- Diego Angola, esclavo del alférez Manuel Díaz.
- 3.- Domingo Salcedo, angola, esclavo de doña María de Baca.
- 4.- Miguel Antonio Angola, esclavo de doña Francisca de Ayala.
- 5.- Tomé Angola, esclavo de don Francisco Quero.
- 6.- Juan Arará, esclavo de don Pedro Montalvo.
- 7.- María Arará, esclava del alférez don Juan de Medina.
- 8.- Cristóbal Arará, medio bozal, esclavo de don José de Mesa.

- 9.- Francisco Arará, esclavo de don Andrés Pérez.
- 10.- José Arará, esclavo del alférez Manuel Díaz.
- 11.- María Arará, esclava del licenciado Ramírez.
- 12.- Matías Arará, esclavo de don Diego Hernández de Isaza,
- 13.- Nicolás Arará, esclavo del alférez Manuel Díaz.
- 14.- Salvador Arará, esclavo de don Diego Durango.
- 15.- María Arará, esclava de doña Tomasa Gutiérrez.
- 16.- Francisco Arará, esclavo del colegio de la Compañía.
- 17.- Francisco Arará, esclavo de don Agustín Bello.
- 18.- Antonia Arará, esclava de don Pedro Bolívar.
- 19.- Marcela Arará, esclava de don Francisco Subiza.
- 20.- Francisco de Anaya, de casta arará, esclavo de don Pedro de Anaya, capitán de guerra del palenque.
- 21.- Juan Biojó, esclavo del alférez Manuel Díaz.
- 22.- Francisco Carabalí, esclavo de doña Tomasa Gutiérrez.
- 23.- José Carabalí, esclavo del padre Marcos Giraldo.
- 24.- María Suárez Guerra, de casta conga, esclava de don Domingo Martínez de León y Meléndez, tesorero.
- 25.- Paulo, de casta congo, esclavo de don Fernando Padilla.
- 26.- Susana Conga, con dos hijos, esclava de doña Francisca Pizarro.
- 27.- Francisco Congo, medio bozal, esclavo de un hombre que vivía en casa de doña María de las Calzas Blancas.
- 28.- Manuel Congo, de dieciséis o diecisiete años, esclavo del alférez Manuel Díaz.
- 29.- Isabel Conga, esclava del alférez Manuel Díaz.
- 30.- Cecilia Conga, esclava del alférez Manuel Díaz.
- 31.- Miguel Congo, esclavo de don Francisco Cabello.
- 32.- Juan Congo, esclavo de doña Rafaela, hermana de don José de la Maza.
- 33.- Francisco Congo, esclavo de don Gonzalo Berrío.
- 34.- Francisco Congo, esclavo de doña Manuela de Castelbondo.
- 35.- Francisco Congo, esclavo de don Francisco Subiza, hoy de un lanudo.
- 36.- Manuel Congo, medio bozal, no supo decir quién era su amo.
- 37.- Jerónima Conga, con su cría, esclava de don Francisco Blanco.
- 38.- María Conga, esclava del alférez Manuel Díaz.
- 39.- Diego Congo, esclavo de don José de Mesa.
- 40.- Pablo Congo, esclavo del señor provisor.
- 41.- Miguel Congo, esclavo de don Pedro de Quezada.
- 42.- Antonio Congo, esclavo del sargento mayor.
- 43.- Mateo Congo, esclavo del hospital de San Juan de Dios.
- 44.- Sebastián Congo, esclavo del alférez Manuel Díaz.
- 45.- Antonio Congo, esclavo de don Diego Durango.
- 46.- Antonio Congo, esclavo de don Francisco Quero.

- 47.- Antonio Congo o Bomba, esclavo del capitán Juan Peña, zahorí del palenque.
- 48.- María Josefa Lucumí, esclava de don Pedro de Erazo.
- 49.- Antonio Lucumí, esclavo del alférez Manuel Díaz.
- 50.- Francisco Mandinga, esclavo de don Gonzalo Díaz.
- 51.- Manuel Mandinga, esclavo de don Francisco Quero.
- 52.- María Antonia Mina, con su cría, esclava de don Bartolomé Velasco.
- 53.- María Mina, esclava de doña María Balcázar.
- 54.- Manuel Mina, esclavo de don Juan de Mier.
- 55.- Antonio Nalu, por otro nombre El General, esclavo de don Domingo de la Barrera.
- 56.- Francisco Popó, esclavo de don Pedro Pérez.
- 57.- María Popó, esclava de don Francisco de Aguirre.
- 58.- Antonio Popó, esclavo de don Francisco Quero.
- 59.- Manuel, criollo de San Tomé, esclavo del licenciado don Marcos Giraldo.
- Cimarrones sin identificar casta*
- 60.- Antonio, esclavo de don Domingo de la Barrera.
- 61.- Mariana, con su cría, esclava de don Francisco Mendo.
- 62.- Lucía o Luisa de Rebolledo, esclava de don Domingo de la Barrera.
- 63.- María Cañete, esclava del capitán Baltasar Cañete.
- 64.- María Josefa, esclava de doña Francisca de Cuadros.
- 65.- María Antonia, esclava del capitán Aguinaga.
- 66.- Juan de Dios, esclavo del alférez Manuel Díaz.
- 67.- María Francisca, esclava de Juana Pérez.
- 68.- Lucía, esclava de Diego Hernández.
- 69.- Pascuala, esclava de Pedro Ramírez.
- 70.- Ángela María, esclava de doña Leonarda Lupercio.
- 71.- Domingo, esclavo del alférez Manuel Díaz.
- 72.- Esteban de Padilla, esclavo de doña Victoria Romero.
- 73.- María Josefa, esclava de don Matías de Cervantes.
- 74.- María Josefa, esclava de don Roque de Gracia.
- 75.- Juan Martínez, esclavo del padre Zumárraga.
- 76.- José de los Santos o Arcos, esclavo de don Bartolomé de Velasco.
- 77.- Juana Padilla, mujer de Domingo Padilla, virreina del palenque.
- 78.- Pablo, esclavo de don Diego Durango.
- 79.- Simón, esclavo de don Diego Durango.
- 80.- Juan Esteban, esclavo de don Nicolás de Santiago.
- 81.- Juan Antonio, esclavo del padre Medrano.
- 82.- Manuel, bozal, esclavo de don Francisco Quero.
- 83.- Bernabé, esclavo de doña Bernabela Vanquezel.
- 84.- Pascual, esclavo de don Diego Durango.
- 85.- Antonio, esclavo de doña Beatriz de Rada.

- |   |  |
|---|--|
| 86.- Francisco, esclavo de don Diego Durango.                                 | <i>Criollos negros, nacidos en la tierra</i>   |
| 87.- Miguel, esclavo de don Francisco Pantoja.                                | 108.- Gregoria Cuadrado, esclava de don Carlos de la Torre, criolla de Tolú.                   |
| 88.- José, esclavo de don Bartolomé Herrera.                                  | 109.- Marcelo de Morales, esclavo del sargento mayor Alonso Cortés.                            |
| 89.- Francisco Antonio, esclavo de don Gaspar de González.                    | 110.- Segundo, esclavo de don Diego Durango, criollo de las sabanas.                           |
| 90.- Antonio, esclavo de don Francisco de Quero.                              | 111.- Manuela, esclava de doña María Rodríguez, criolla de las sabanas.                        |
| 91.- Antonio, esclavo de don Diego Durango.                                   | 112.- Antonio, esclavo de doña Francisca de Mendoza.   |
| 92.- Ventura, esclavo de Padilla.   | 113.- Juan Gregorio, de once o doce años, esclavo del alférez Manuel Díaz.                     |
| 93.- José, esclavo de don José de Mesa.                                       | 114.- Vicente, hijo de Domingo Padilla, capitán del palenque, esclavo de don Fernando Padilla. |
| 94.- Feliciano, esclava de don José Blanco.                                   | 115.- Ignacio, esclavo de don Diego Durango, criollo del río Sinú.                             |
| 95.- Juan Francisco, esclavo de Bolaños.                                      | 116.- Tomé, hijo de Domingo Padilla, capitán del palenque, esclavo de don Fernando Padilla.    |
| 96.- Gonzalo, esclavo de don Juan de Mier.                                    | 117.- Antonio de España, esclavo de don Francisco Quero.                                       |
| 97.- Luis, esclavo de Rebolledo.  |  |
| 98.- Agustín, esclavo de Torregrosa.  | <i>Mulatos</i>   |
| 99.- Una esclava de Capsir.   | 118.- Nicolás, esclavo de doña Rafaela Bazán.  |
| 100.- Nicolás, esclavo de don Francisco Bautista.                             | 119.- Úrsula Pérez, esclava de Pedro Pérez.  |
| 101.- Francisca, esclava de don Francisco de Aguirre.                         | 120.- Domingo Redondo, esclavo de doña Juana Redondo.  |
| 102.- María de Dios, esclava de don Domingo de León.                          | 121.- Nicolás, esclavo de doña Francisca Bautista.   |
| 103.- Manuela, con su cría, esclava de don Francisco de Ávila.                | 122.- José, esclavo de doña María Baca.  |
| 104.- María Antonia, con su cría, esclava de don Juan de Aguinaga.            | 123.- Mariana, con una cría, esclava de don Francisco Mendo.                                   |
| 105.- María Josefa, esclava que fue de don Pedro de Arazo.                    |  |
| 106.- Susana, con dos crías, esclava de Pizarro.                              |  |
| 107.- María Antonia, con una cría, esclava del ayudante Bartolomé de Velasco. |  |

*Cuarterones de mulato*

- 124.- Juliana Hernández, viuda de Hipólito de Sosa.
- 125.- Juana Hernández.
- 126.- Lucía Hernández, mujer de Manuel Zambrano.

